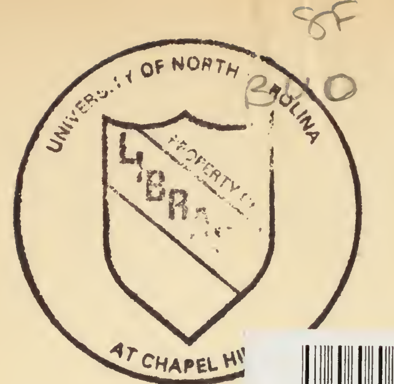
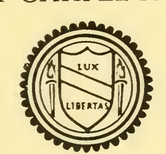



UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL


a 00002 34007 8


LUX
LIBERTAS

SANTIAGO ARISNEA

Sin el amor que encanta

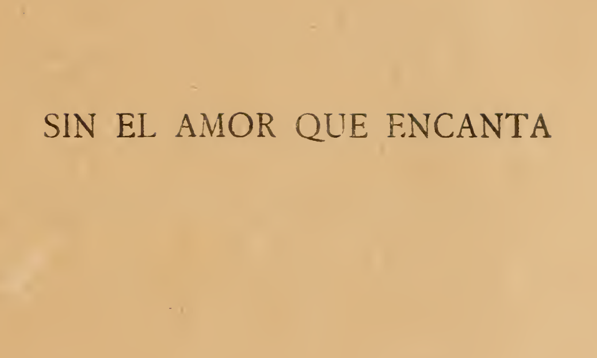
COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916



SIN EL AMOR QUE ENCANTA

SIN EL AMOR QUE ENCANTA

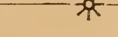
COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

SANTIAGO ARISNEA

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 31 de Marzo de 1916



MADRID

R Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

A Rafaela Abadía

cuyo fué el triunfo que indebidamente compartí.

Homenaje de admiración y gratitud vivísimas de

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL	Srta.	Abadía.
LUCÍA		Pardo.
SIDORA	Sra.	Alverá.
DOÑA CONCHA		Sánchez Ariño.
PEPE	Sr.	Manrique.
PABLO		Isbert.
RUIZ		Thuillier.
MARIANO		Balaguer.
PACHI		Mora.
TOLEDO		Mihura.
FERNÁNDEZ		Ozores.

En una capital del Norte.--Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Nos hallamos en casa de Isabel Mendizábal, distinguida profesora a quien su juventud, veintitrés años, no impide poseer una sólida cultura y un talento privilegiado, de los que frecuentemente hace gala en trabajos periodísticos, conferencias pedagógicas, etc. Su vida se halla consagrada por entero al estudio. Jamás ha hojeado una revista de modas. Desconoce el significado práctico de la palabra coquetería. Este que aparece a nuestra vista, es su gabinete de estudio, y a la vez sala de recepciones. Lo mejor puesto de la casa. No muchos muebles. A la izquierda, en primer término, la mesa de trabajo. Sobre ella una lámpara eléctrica, libros, papeles, escribanía, etc. Del techo de la habitación pende otra lámpara que aparece encendida. Puertas al foro y en primero y segundo término derecha. A la izquierda primer término un balcón. Al alzarse el telón, vemos a SIDORA y PACHI cómodamente sentados y en amigable charla. Es de noche.

Pachi Pa venir te estará ya, pues.

Sid. Así creo. Dijo que a las ocho estaría de vuelta. Lo que yo no sé es cómo no pierde el juicio con tantas preocupaciones.

Pachi Lista, lista, parese. Los periódicos hablar de ella te hasen y... Bien inflada estará usté con las cosas de la chica.

Sid. Sí, señor. ¿Por qué negarlo? Cada vez que leo en los periódicos algo de mi sobrina, me dan ganas de echarme a llorar. ¡Si viviera mi pobre hermana, que en gloria esté! ¡Quién había de decir que su Isabelita tenía que dar que hablar a los que escriben en

los papeles: y que andaría de aquí para allá echando discursos... Luego, ha de saber usté que ella sola es la que sostiene la casa, porque su hermana no le llega a la suela del zapato. ¡Más corta de genio es! Todo el talento se lo ha llevado Isabelita. ¿Qué vale la miseria que gana la otra? No habría ni pa la renta. Y eso que tenemos la ayuda de doña Concha, que nos paga setenta reales por el gabinete. Pero gracias a Isabel, que es la que nos mantiene a todos.

Pachi ¿Y Mariano? ¿No te trabaja, o...?

Sid. Mariano, Mariano... ¡Ptshé! Su hermana dice que vale, que tiene mucho talento... Pero a casa no trae un cuarto. Al revés; no hace más que gastar en pinturas y telas. Ahora dice que va a hacer una exposición de los cuadros que ha pintao... Y me va a costar un disgusto, créame usté.

Pachi ¿Y eso, pues?

Sid. Figúrese usté, que tuvo la ocurrencia de pintarme a mí. Bueno, a mí... Su hermana y él dicen que soy yo. Pero yo me he mirao al espejo y... ¡vamos! que no soy la del retrato. Usté sí que ha tenido suerte con su Pepe.

Pachi Sí, buen chico te es. Algunas noches, tarde te viene a casa; pero... A la ofisina faltar no te hase y...

Sid. Ganará buen sueldo.

Pachi Cuarenta duros dise. No sé, pues... Algo se quedará. Mucho, mucho no te es, pero... Pa Pascuas dise que le suben.

Sid. Ya puede usté estar contento con ese hijo. Aquí viene casi todas las noches. Como mi sobrina suele tener reunión con sus amigos...

Pachi Ya sé, pues. Pero de aquí al café te va: y por los barrios esos...

Sid. ¿Y cómo no le tira usté de la cuerda?

Pachi ¿Qué le vamos a haser? Tamién nosotros, chicos te hemos sido y... (Suena el timbre de la puerta.)

Sid. Han llamado. Puede que sea Isabelita.

Pachi Si ella no es, marcharme tendré que haser.

Sid. Aguarde un poco. ¡Qué prisa tiene?

Pachi Prisa no; pero... (Vase Sidora y vuelve con DOÑA CONCHA por la primera derecha.)

Con. Buenas noches nos dé Dios.

Pachi Agur, doña Concha.

Con. ¡Hola, Pachi! ¿Usté por aquí?

Pachi Esperándote a Sabelchu. Pa felisitarla he veniro.

Con. Siéntese. Yo voy un momento a dejar la mantilla. Luego se me olvida y...

Pachi ¿Del rosario o así viene usté?

Con. Sí, señor. Allí paso mi ratito todas las tardes. Como a una ya nada le queda que esperar en este mundo, si no es la muerte... Pero vuelvo en seguida, siéntese usté. Dígame, Sidora. ¿Recuerda usté si le he dao los cuartos para el pan y el café de mañana?

Sid. No, señora. No me los ha dao usté.

Con. Pues se los traeré ahora mismo; antes que se me olvide. Como una ya no tiene firme la cabeza... (Vase por el foro derecha.)

Pachi Buenos cuartos te tiene ahorraos doña Concha.

Sid. Sí... Seguro que sí... Pero a ella, no le saca usté una palabra del cuerpo... Todo se le vuelve decir que está muy pobre.. Para quien la crea. ¡Lastima de dinero! Con lo que ella deje, seríamos felices usté y yo. Pero... ¡sí, sí!...

Pachi ¿Parientes no tiene o...?

Sid. Creo que están en América. Unas sobrinas. Pero hace muchos años que se fueron; y por lo visto, ni aquellas se acuerdan de ésta, ni ésta de aquellas. Ya viene.

(Vuelve DOÑA CONCHA por el foro derecha.)

Con Aquí tiene usté. Las tres perrillas de la panadera y los diez céntimos del café. Estamos en paz. ¿No es eso?

Sid. Sí, señora; eso es.

Con. ¿Y qué? ¿Qué nos cuenta el bueno de Pachi?

Pachi Contar, pues... Nada... Trabajando y...

Con. Eso es bueno. El trabajo es virtud. Dios, Nuestro Señor, trabajó como si fuera uno de nosotros. ¡Ay! Es lo único que me apena. No tener fuerzas para trabajar.

Pachi ¿Qué falta te hase, pues? Usté, ahora... disfrutar... y estarte tranquila.

Con. Sí. No tengo otro remedio. Pero con esta vida ociosa me parece que ofendo a Dios. A su chico le veo por aquí, algunas noches. Por cierto, que me ha de permitir usté un consejo. No le deje que se reuna con las malas compañías que aquí vienen.

Sid. Doña Concha, por Dios...

Con. Sí, señora, sí. No lo digo por ofender a Isabelica, que es muy buena; aunque me parece que el demonio le ha tentao a la vanidad, y Dios quiera que me equivoque. Pero su sobrina de usté no repara en las gentes que trae a casa.

Sid. Señora... Yo creo que no son criminales.

Con. Criminales, no. Algo peor, sí. Ha de saber usté, Pachi, que se atreven a tomar a broma las cosas de la Iglesia. ¡Y dicen cada herejía...! ¿Qué creerá usté que soltó uno de ellos aquí noches pasadas? Que esta vida se ha hecho para gozar... ¡Uy, uy, uy, las cosas que le dije! Arlote, más que arlote... ¿Gozar en esta vida para perder la otra? Por eso le digo, Pachi, que no deje que su chico se junte con esos. Le echarían a perder, de seguro.

Pachi ¡Ptchs! .. Mi chico andar solo ya te sabe y... Pero usté mala vida no se da tamién. Ya se ve que está fuerte. Fiña, fiña es usté.

Sid. Diga usté que sí, que también ella mira por su vida.

Con. ¿Y qué voy a hacer, si Dios me la dió para conservarla?

Sid. Pregúntele usté dónde guarda las perras.

Con. Sí, sí... Dice usté bien. Perras... Miserias que le quedan a una, para mal vivir.

Sid. Vamos, que... cuando usté se muera, alguno se regalará con lo que deje.

Con. Eso sí que no. Mi dinero, poco es; pero estará bien empleado. No lo dejaré yo en manos que no sepan usarlo debidamente. (Suena el timbre.)

Sid. Ahora debe de ser Isabel. Me parece que han dao las ocho... (Vase primera derecha.)

Con. Bueno, bueno, con Pachi... ¿Y cómo anda la carpintería?

Pachi Tirar se hase... Pa comer sacamos y. . Grasias a Dios. En habiendo salú...

Con. Diga usté que sí. Eso es lo primero.

(Entran SIDORA y LUCÍA por la primera derecha.)

Lucía Buenas noches. ¿Cómo está usté, señor Pachi?

Pachi Bien, grasias, ¿y tú? Guapa, guapa te estás poniendo ..

Sid. Ensálcela usté. Es lo único que necesita. No sabe otra cosa que ponerse cintajos y perifollos. No se parece a su hermana.

Lucía Tía .. yo...

Pachi Hase bien, ¡qué demonche! Pa eso te está; pa presumir. Y bien de novios que te tendrás, ¿eh?

Con. Novios, novios... Esa es otra mala costumbre de estos tiempos. Las chicas de ahora se meten en noviajos sin pedir permiso, ni consultar el parecer de las personas mayores. Yo no tuve más que un novio.

Lucía ¿Era guapo?

Con. La guapura es lo de menos. La hermosura del alma es la que importa.

Sid. Entonces sería bueno.

Con. No pude saberlo, porque no llegué a conocerle. Pero bueno sería cuando mis padres pensaron casarme con él.

Lucía ¿Y por qué no se hizo la boda?

Con. Porque cuando venía de América pa casarse conmigo y llevarme allá, se puso malo en el camino y murió.

Lucía ¡Jesús, qué desgracia! ¿Le lloraría usted mucho?

Con. Recé por su alma, le guardé luto; y desde entonces no he vuelto a tener novio.

Pachi A tiempo está usté aún...

Lucía Eso. Todavía, ¿quién sabe? (Ríen todos.)

Con. No sean ustedes arlotes. Ya no estoy en edad si no de esperar a que Dios quiera llamarme. Y bien que se lo pido.

Sid. Su chico de usté, subía la escalera cuando ésta llamaba.

Pachi A senar irá, pues.

Lucía Vino acompañándome. Nos hemos encontrado cuando yo salía del taller.

Pachi El amor o así te hará ese...

Lucía — No, no... ¡Qué cosas tiene usté! No hay más que... una buena amistad...

Pachi — Amistá, sí.. Ya sé yo lo que te son esas cosas... Pues yo ya te *quedría* una «yerna» como tú.

Sid. — ¡Para ésta, va a estar su hijo de usté!

Pachi — ¿Y eso, pues?

Sid. — Ya picará más alto.

Pachi — ¿Minas tiene, o?...

Sid. — No tiene minas, pero tiene una buena colocación, y querrá algo más que esta simple.

Pachi — No sé, pues... Allá él... Hijo de carpintero es; y...

Lucía — Tía, ¿me da usté de cenar?

Sid. — ¿Tanta hambre tienes?

Lucía — Usté calcule. Desde las dos de la tarde en el taller...

Sid. — Pues cógete tú la cena. Yo esperaré que venga tu hermana.

Lucía — Pues yo no espero, porque tengo luego que terminarme la blusa. ¿Ustedes gustan?

Pachi — Grasias. Que aproveche.

Lucía — Gracias. Hasta en seguida. (Vase por la segunda derecha.)

Pachi — Ha cresido mucho, ¿eh? Buena chica parese.

Sid. — ¡Bah! Podía haber estudiao y ser maestra, como su hermana, y no le ha dao por ahí. Prefiere estar cosiendo en un taller y desojándose pa ganar una miseria. ¡Es más lerda!...

Pachi — Sabelchu, te parese más viva.

Sid. — ¡Ah! Isabel es otra cosa. (Timbre.) Ahora sí que tiene que ser ella. Voy a abrir. (Vase primera derecha.)

Con. — Esta Sidora está chocha con su sobrina. Ya se ve. Es la que le trae los cuartos. Pero a mí me parece que la muchacha es un poco libre... Quiero decir libre en su genio, ¿eh? no en sus costumbres... Vamos: que no sé si porque es maestra, o porque da esos *metinges*, trata con los muchachos de igual a igual. Y eso no está bien en una mujer. ¿Verdad, Pachi?

Pachi — No sé, pues... Ella, buena parese...

(Vuelve SIDORA acompañada de ISABEL y MARIANO por primera derecha.)

Isabel Sí, señora. Muchísimo, muchísimo. ¿Usté aquí, señor Pachi?

Pachi A felisitarte, pues. En el pediórico he visto.

Isabel Usted, siempre tan buen amigo.

Sid. ¿Estás contenta?

Isabel Mucho. He tenido un triunfo. Que lo diga Mariano.

Sid. ¿De veras?

Mar. Se ha portado. Se ha portado.

Isabel ¿Verdad que sí? Me han aplaudido muchísimo. Mira qué *bouquet* me han regalado.

Sid. Pero cuenta tú.

Mar. Nada... ¿Qué voy a contar? Lo que sabía de antemano. Un éxito. No en vano es hermana mía.

Sid. También Lucía es tu hermana, y sin embargo...

Mar. Lucía... Lucía... Es que, en toda familia hay siempre algún lunar.

Pachi ¿Lunar, dise? Pues, si Luchi es más guapa y... con aquellos colores...

Mar. No me entiende usté, señor Pachi. Hablo de lunares psíquicos.

Pachi ¡Ah! ¡Ya! (¿Qué quedrá desir, pues?)

Isabel Nos han traído en coche. Y al salir del Ateneo, todos, todos los socios vinieron a despedirnos. ¿Verdad, Mariano?

Mar. Era lo indicado.

Sid. Bueno; pero tú, ¿qué has dicho allí?

Isabel ¡Ah! Muchas, muchas cosas. Es muy largo de contar.

Mar. Aparte de que ustedes no habían de entenderlas.

Con. Puede que demasiado. Siempre será algo pecaminoso.

Isabel ¡Por Dios, doña Concha!...

Mar. Nada de pecaminoso Es fundamental ¿Entiende usté, señora? Fundamental.

Con. Pues, ¿sabes lo que te digo? Que tú y todos tus amigos sois unos arlotes, que pretendéis saber más que lo que Cristo, Nuestro Señor, enseñó al mundo.

Mar. ¡Señora! ¡Que no se trata ahora de Cristo!

Isabel — Bien. Vamos a cenar, que tengo mucho apetito. ¿Y mi hermana?

Sid. — No ha querido esperarte. A la cocina fué. Puede que nos haya dejado sin cena.

Isabel — Pues vamos también nosotros. ¡Ah! Tiene usted que preparar café para luego. Van a venir nuestros amigos. Quieren tributarme una especie de homenaje por mi triunfo de esta noche.

Con. — Lo que quieren es tomar café de balde.

Sid. — ¡Más gorrones son!

Isabel — Bueno; que nos espera la cena. ¿Usted quiere acompañarnos, señor Pachi?

Pachi — No, grasias... Yo a marcharme voy y...

Isabel — Vuelva usted a tomar café con nosotros... Probablemente estará también Pepe.

Pachi — No, grasias... Yo, café, no te tomo... Los domingos y así. . Quitar el sueño me hase... A la tasca te voy un poco y... te tomo un chiquito y... a la cama después.

Isabel — Como usted quiera...

Pachi — Sí.. así, pues...

(Sale LUCÍA por la segunda derecha.)

Lucía — ¿Pero tú aquí, Isabel?

Mar. — Aquí, nosotros.

Lucía — Y yo, sin enterarme... Dame un beso. ¿Me perdonas? Mira, tenía mucha debilidad. Además, ya sabes que para el domingo he de terminar mi blusa. Y la tuya también.

Isabel — La mía, no precisa. Yo me cuido poco de esas pequeñeces. Las personas son las mismas, estén bien o mal compuestas.

Lucía — Pero mejor será que estén bien compuestas. Digo, me parece. ¿No me cuentas nada? ¡Uy! ¡Qué ramo más precioso! ¿Me das una? Para ponérmela en el pecho.

Sid. — Pero, ¡chica! ¿Vas a deshacer el ramo?

Lucía — ¿Para qué son sino para eso? Bueno; te voy a coger dos. Con tu permiso.

Isabel — Déjela usted, tía. Esta no se preocupa más que de lo que atañe a su figura.

Mar. — ¡Espíritu mediocre! Bueno; ¿se cena?

Lucía — ¡Ea! Ya está. Ahora, cuéntame, cuéntame.

Isabel — No, no. Es muy tarde y van a venir los amigos. Estamos todos en pie y sin hacer

cosa de provecho. El amigo Pachi iba a salir...

Lucía ¡Ah! ¿Se va usted?

Pachi Sí... ahora te iba, pues...

Lucía Yo le abriré la puerta. Váyanse ustedes a cenar.

Pachi Bueno; agur, ¿eh?

Isabel Adiós, señor Pachi... Y muchas gracias...

Pachi Salú y... No te digo más y... Hasta otra ves...

Sid. Adiós.

Con. Vaya usté con Dios.

Pachi Agur...

(Azorado, quiere salir por la segunda derecha.)

Lucía No; por aquí...

Pachi ¡Ah! Verda, pues... Vaya, agur, ¿eh? (Vanse Pachi y Lucía por la primera derecha.)

Isabel ¡Pobre Pachi! No sabía cómo despedirse. Le hemos dado un plantón soberano. ¿Viene usted, doña Concha?

Con. No... Cenen ustedes... Esperaré en mi cuarto... Voy a rezar una oración que me ha dado doña Salustiana y que sirve para sacar ánima. Como hoy tendrán ustedes jaleo, no quiero acostarme temprano. Hasta después.

(Vase por el foro derecha.)

Isabel ¿Vamos?

Sid. Vamos.

Mar. Se saca ánima. ¿Tú has visto? ¡Qué puerilidad la de estas gentes indoctas! (Vanse los tres por la segunda derecha. Pequeña pausa. Entran LUCÍA y PEPE por la primera derecha.)

Lucía Si bajas un momento antes, encuentras a tu padre aquí.

Pepe ¿Ha venido?

Lucía A saludar a Isabel. Como él es tan bueno y nos quiere tanto... Nos conoció de chiquitinas...

Pepe ¿Y dónde está Isabel?

Lucía Cenando, con Mariano y mi tía.

Pepe Entonces, ¿estamos solos?

Lucía Con Dios, nada más.

Pepe ¿Y no tienes miedo?

Lucía ¿De estar con Dios?

Pepe De estar conmigo.

Lucía No te tengo por un ogro.

Pepe Ni yo creo que lo parezco.

Lucía Entonces...

(Pausa.)

Pepe ¿Me das el beso?

Lucía ¿Volvemos a lo mismo?

Pepe ¿Me lo das?

Lucía No

Pepe Uno sólo.

Lucía No.

Pepe En la mano.

Lucía Ni en la mano.

Pepe En el delantal.

Lucía Tampoco. Mudaría de color.

Pepe Me enfado.

Lucía Bueno.

Pepe No me quieres.

Lucía Mejor.

(Pausa.)

Pepe ¡Anda!

Lucía Que no, he dicho. Parece mentira que lo pretendas. ¿Tú no sabes que eso está mal?

Pepe ¡Anda, boba! ¿Qué va a estar mal? Estará mal entre extraños; pero entre dos que se quieren... ¡Si eso no lo castigan ni los curas!

Lucía ¡Buenos serán los curas que no castigan eso!

Pepe ¡Anda! Si no es pecado... Es una prueba de cariño...

Lucía ¡Que no y que no y que no! Y me enfado, si insistes.

Pepe ¡Ah! ¿Sí? Pues no insistiré. Pierde cuidado. Tú tendrás que pedírmelo.

Lucía ¡Estas fresco!

Pepe ¿Que no? ¿Y... cuando nos casemos?

Lucía ¡Ah! Entonces...

Pepe Es que entonces no te los daré, sin que tú me los pidas.

Lucía Te los robaré.

Pepe ¿Robármelos? ¿Cómo?

Lucía Cuando estés dormido.

Pepe Celebro que me lo adviertas, para ponerme bozal.

Lucía ¡Ay, qué gracia! ¡Tendré un marido perro! (Ríe.)

Pepe Sí, ríe; ríe con gana. Ya me has puesto de mal humor para toda la noche.

Lucía Por poco te enfadas.

Pepe Tú lo has dicho. Por bien poco. Una cosa tan insignificante.. un beso... lo que estás dando a todas horas.

Lucía ¿Cómo?

Pepe A tu hermana y a tus amigas.

Lucía ¡Ah! Eso es otra cosa.

Pepe Lo mismo. Exactamente lo mismo. Que sean ellas, que sea yo, el beso es igual. ¡Zás! Un chasquido... y ¡nada! Hazte la cuenta de que yo soy... una prima tuya...

Lucía La prima lo fuera yo, si me hiciese esa cuenta. Bueno; y basta de esta conversación; ¿te parece?

Pepe Como quieras. El mal temple lo tengo ya, de todos modos..., (Pausa.) Y yo, que... pensando que... te traía una recompensa.

Lucía ¡Ah! ¿sí?

Pepe Sí.

Lucía ¿Qué es ello? ¿Qué es ello?

Pepe No. No te lo digo.

Lucía Dímelo, dímelo.

Pepe ¿Me das el beso?

Lucía No.

Pepe Pues no te lo digo.

Lucía Pues quien se enfada soy yo; y muy de veras. Guárdate la recompensa. No la quiero. Llévasela a otra que te de... eso que pides.

Pepe Pero, es que...

Lucía ¡No me digas una palabra!

Pepe ¡Bueno!

(Lucía toma una sillita baja, se sienta, coge una blusa y se pone a coser. Gran pausa. Pepe pasea de un lado a otro. Lucía le mira a hurtadillas. No puede dominar su impaciencia. Cose y descose y no hace cosa de provecho. Varias veces le acometen impulsos de reanudar la conversación, pero se contiene. A medida que el silencio se dilata, crece la angustia de Lucía.)

Lucía (Nada... No me hace caso... Y silba, para mayor burla... ¡Ay, Dios mío! ¿A que se va a salir con la suya?) (Nueva pausa y nuevo juego mímico. Al cabo, Lucía, se decide a romper el silencio.) Ya podías sentarte, que me mareas con tanto ir y venir.

Pepe Me sentaré. (Se sienta en el fondo.)

Lucía No; ahí, no, que me coge de espalda.

Pepe Me parece que para lo que tenemos que decirnos...

Lucía Es verdad... Siéntate donde te plazca.

Pepe Me sentaré aquí. (Se sienta en primer término.) No digas que no quiero complacerte. (Nueva pausa.)

Lucía Eres un grosero.

Pepe ¿Yo? ¡Pero si no he dicho una palabra!

Lucía Por eso mismo. Estás con una señorita y estás callado.

Pepe Como parecía que mi conversación molestaba a esa señorita...

Lucía Pues cuando una conversación molesta, se busca otra.

Pepe Eso hacía precisamente. Buscar otro tema. Pero yo no tengo soltura de imaginación.

Lucía ¡Estás tú bueno! Anda; dime qué es eso y te perdono.

Pepe ¡Ah! Conque, ¿me perdonas?

Lucía Te perdono, sí.

Pepe Y... ¿en qué conozco yo el perdón?

Lucía ¿En qué has de conocerlo?

Pepe En... (Ademán de besarla.)

Lucía No, no, no...

Pepe Sí, sí, sí. (Yendo hacia ella.)

Lucía No, no... Ahora no... Aquí no...

Pepe Estamos solos...

Lucía No, no... Ahora no...

Pepe Bien: pero... ¿prometido?

Lucía (Breve vacilación.) Dime, qué era eso.

Pepe Te lo voy a decir. Pero no te rías.

Lucía ¿Qué es ello?

Pepe Toma, y lee. (Le da un papel.)

Lucía ¿Qué me das? ¿Versos?

Pepe Versos.

Lucía ¿Versos tuyos? Pero, ¿tú también haces versos?

Pepe Tengo esa chifladura.

Lucía ¡Ay, no es chifladura! A mí, los versos me gustan mucho.

Pepe ¿De veras? Los hago en la oficina, ¿sabes? Cuando no está el jefe. Bueno; esto no lo sabe nadie más que tú. Guárdame el secreto.

Lucía Descuida.

Pepe Pero lee. A ver si son tan buenos como los que hacen los amigos de Isabel.

Lucía Yo leo muy mal. Léemelos tú.

Pepe Verás. Oye; que no nos sorprenda nadie.

Lucía No hay cuidado. Aún tardarán un ratito.

Pepe «A ella».—¿Tú sabes quién es ella?

Lucía ¿Soy yo?

Pepe Naturalmente.

Lucía ¡Ay, qué gusto! Lee, lee.

Pepe «A ella».

«Besar tus negros cabellos,
y besar tu blanca frente,
y besar tus rojos labios...
¡y morirme de repente!»

¿Eh? ¿Qué te parece?

Lucía ¡Que ya salió a relucir... el asunto!

Pepe Como que no hay otro que me inspire. Pero bueno; ¿te gusta?

Lucía Muchísimo.

Pepe A ver este otro.

«Los besos, en amor...»

Lucía ¿Otra vez?

Pepe ¡Mujer! Son... variaciones sobre un mismo tema. Escucha:

«Los besos, en amor, no son excesos,
sino forma en que amor se exterioriza;
porque, un amor sin besos,
es un tuberculoso que agoniza.»

Lucía ¡Ay, qué fúnebre!

Pepe Ten en cuenta que se trata de un símil.

Lucía Sí; pero parece cosa de sanatorio.

Pepe Es que... a la poesía hay que darle sus toques sentimentales.

Lucía Bueno, bueno; pero me gusta más el otro.

Pepe Allá va el último.

Lucía A ver.

Pepe «Tan adentro estás en mí,
que mi mente no concibe,
si eres tú quien en mí vive
o soy yo quien vivo en ti.»

Lucía ¡Ay! Ése es más bonito. A ver, a ver; que yo lo lea. «Tan adentro estás en mí...» ¡Precioso! ¡Precioso! Bueno, esto será para mí, ¿no?

Pepe ¿Para quién ha de ser? Dime: ¿me quieres?

Lucía Mucho.

Pepe ¿Mucho?

Lucía Mucho. Yo no sé decirlo como tú lo dices, pero... no es preciso que te lo diga. Tú lo sabes. Si me dejaras por otra...

Pepe ¿Dejarte? Pues, ¿no oyes que te tengo tan dentro de mí, que ya no sé si soy yo o eres tú quien alienta en mi ser? ¡Si eres tú quien me da la vida! Si me paso los días y las noches pensando en ti, soñando contigo; y me parece que te tengo en mis brazos... (Atrayéndola.)

Lucía ¡Pepe! (Suplicante.)

Pepe ... que te tengo en mis brazos, y mis ojos se clavan en tus ojos, y mi aliento se confunde con tu aliento, y mis labios se llegan a los tuyos para sellar nuestro cariño con...

(Suena fuerte el timbre.)

Lucía ¡Jesús! (Desprendiéndose de los brazos de Pepe.)

Pepe ¡Demonio! (Sobresaltado.)

Lucía ¿Lo ves? Ha sido aviso de Dios.

Pepe Pues podía haberse retrasado. (Suena de nuevo el timbre.) ¡Digo! ¡Y que es poco sonoro el tal aviso!

Lucía Deben de ser los amigos de mi hermana. Voy a abrir. (Vase por primera derecha.)

Pepe ¡En bonita ocasión se les ha ocurrido llamar! (Asomándose primera derecha.) Sí. Ellos son. ¡Los intelectuales! Pues si antes me cargaban un poco, ahora acaban de perder todas mis simpatías.

(Entran por la primera derecha, precedidos de LUCÍA, RUIZ, PABLO, TOLEDO y FERNÁNDEZ. Lucía, mientras habla, se dirige a la puerta de la segunda derecha, por donde desaparece.)

Lucía Pasen ustedes. Siéntense. Voy a avisarle. Saldrá en seguida.

Ruiz ¡Hola, pollo!

Pablo ¡Querido contertulio!

Tol. Buenas.

Pepe Buenas noches, señores.

Ruiz ¿Usté por aquí, eh?

Pepe Sí, señor. Tenía noticia de que vendrían ustedes; y como su compañía me es tan grata....

Ruiz ¡Guasón! Nuestra compañía... y la de Isabel; ¿no es eso?

Pepe ¿Cómo?

Ruiz Estamos en el secreto. Usted aspira a ser pedagogo consorte.

Pepe Le aseguro a usted que...

Ruiz Nada, hombre, nada. ¡Si ya se lo he dicho a ella!

Pepe ¿Que usted le ha dicho?...

Ruiz «Ese muchacho está por ti. Y yo creo que te conviene.» Así; con todas las letras.

Pepe Pero, señor Ruiz...

Ruiz ¡Ni una palabra! ¡Entre todos, llegaremos a convencerla! ¡No faltaba más! Bueno, pues... conste que yo no pensaba venir. Pero en cuanto he sabido que se trataba de tributar un homenaje a Isabelita...

Fern. Y de tomar café de gorra...

Ruiz Siempre has de ser un incorrecto...

Pablo Incorrecto, no. Inadaptado, nada más.

Ruiz Yo he venido por el homenaje. Ahora; si hay gotas... miel sobre hojuelas. ¿No le parece?

Pepe Sí, señor; claro está.

Ruiz Pues estos me dijeron: Vamos a casa de Isabel a rendirle pleitesía...

Pablo Pleitesía de cumplidos y galantes caballeros.

Ruiz ¿Eh? ¿Le ha oído usted? ¡Cómo se conoce que es de sangre azul! Desciende directamente, no sé si de un bastardo de Felipe V o de Carlos III... Bueno; pero, de todos modos, sangre azul.

Pablo Eres procazmente cínico, Chilónides.

Ruiz Y tú, sublimemente prehistórico, Osuna. No hay que hacerle caso. A éste le falta alguna cosa. Como decía, cuando supe que se trataba de *homenajear* a Isabelita, decidí sumarme al grupo. Yo ya tenía noticia de la tal conferencia en el Ateneo; y hubiera asistido de buena gana, pero... ¿a dónde voy yo con esta ropa? Y el caso es que no tengo repuesto. Si yo contase con tíos pródigos, como éste, o madres bobaliconas como aquél otro... Pero yo no tengo tío, ni madre, ni perrito que me ladre.

Fern. Tú no tienes más que el *soplen.*

Ruiz ¡Saltó el zascandil y dijo! ¿Qué querrá éste

que yo haga con los cochinos diez y ocho duros que me dan en la escribanía? ¡Y que no falten! Y a ver si yo no valgo más que todos estos juntos. Ahí está ese, el aristócrata; que porque tiene un tío que le subvenciona y es amigo del propietario de un periódico, ha logrado meter allí cabeza. ¿Y sabe usted lo que le pagan? ¡Cuarenta duros! ¿Y sabe usted lo que hace? Pues... su «Cuartilla diaria», como él la titula; y que es diaria, en primer lugar, porque él lo dice; y en segundo, porque se publica en el diario... cada ocho días.

Pablo Eres divinamente cómico, Chilónides.

Ruiz Gracias, lumbrera. Pues ahí tiene usted al otro. ¡Tú, sordo!

Tol. ¿Eh?

Ruiz ¡Que estoy hablando de ti!

Tol. Alguna chirenada de las tuyas.

Ruiz Le estoy diciendo al amigo, que tú vives tu vida interior. ¡Natural! ¡Como que es sordo! Pues ahí está el hombre. Con su puestecito de tenedor de libros, no mal retribuído y colaborando hasta en los rotativos madrileños. Pues de ese otro, no le quiero hablar.

Fern. Mejor será, para que no digas más sandeces.

Ruiz Ese es un hombre eminente; ¡ah! un pensador profundo. Escribe artículos sociológicos, por veinticinco duros al mes. Toda su preocupación estriba en resolver los problemas sociales; y anda a caza de una rica heredera, para ver si resuelve el suyo, que es lo primero. Luego resolverá los otros.

Fern. ¡Eres un imbécil!

Pablo ¡Chilónides! Estás faltando a tus deberes. Te hemos traído para que nos sirvas de bufón.

Ruiz Pues, más en mi papel... Os estoy diciendo las verdades claritas. (Entran ISABEL, MARIANO y LUCÍA por la segunda derecha.)

Isabel Señores... Ustedes me perdonarán. No les esperaba tan pronto ¿Cómo? ¿Usted también, amigo Ruiz? ¡Qué sorpresa más agradable!

Ruiz Sí, hija, sí. ¿Cómo había yo de faltar?

Isabel Bueno; siéntense ustedes todos. Ahora nos traerá mi tía un poquito de café para remojar la charla. Pepe, ¿tú también nos acompañarás?

Pepe Con mucho gusto.

Lucía Yo, con el permiso de ustedes, voy a reanudar mi costura. Pero conste que no pierdo una sílaba de la conversación.

Isabel Y bien. ¿Qué se dice por ahí de mi conferencia de esta tarde?

Pablo ¡Oh! ¡Sublime! ¡Divina! Yo le dedico un comentario en mi cuartilla diaria.

Isabel ¿Me tratará usted con benevolencia?

Pablo ¿Puede usted dudarlo? Le trato con sincerísima justicia. Digo de usted que es una de las pocas mujeres cerebrales con que contamos. Sofía Casanova, la Pardo Bazán... y usted; cada una en sus diversos aspectos de mentalidad.

Isabel ¡Por Dios, señor Rosales! Me parece que se le ha ido a usted la mano...

Ruiz No, no. En esa opinión estamos conformes. Ahora, lo que habrá que ver es el modo que tiene de decirlo. Porque yo a éste no le entiendo una palabra. Siempre me deja sin saber a qué carta quedarme.

Fern. Yo quisiera hacer un estudio sobre el tema de la conferencia. Pero antes he de documentarme.

Ruiz No corre prisa. Lo leeremos dentro de un par de años. Y tú, sordo, ¿qué piensas hacer?

Tol. Lo que a ustedes les parezca. Nos iremos al cine, ¿verdad? (Risas generales.)

Ruiz Tan ocurrente como de costumbre.

Tol. Me he colado, ¿no? ¿De qué hablábais?

Pablo De la conferencia de Isabelita.

Tol. ¡Ah, sí! Muy interesante. Y muy concienzuda. No he perdido una coma.

Ruiz ¡Habrá que creerlo!

Isabel Es cierto, es cierto. Estaba en primera fila.

Tol. ¿Qué?

Isabel Que me ha oído usted todo.

Tol. ¡Ah, sí! Todo. Desde el: ¡Señores!, hasta el: He dicho. ¡Todo!

Ruiz En efecto: ¡todo!, porque así empiezan y así

acaban todos los discursos. ¿Y qué, van a imprimir tu conferencia?

Isabel Creo que sí. La editará por su cuenta el Ateneo

Ruiz Me alegro, porque así podré conocerla. Ya sabes que de esta facha, no voy a ninguna parte. ¡Ah, mis tiempos! ¡Aquellos en que yo dirigía la página literaria de *El Clamor!* Cuando Antoñito publicaba sus composiciones...

Fern. ¿Y quién era Antoñito?

Ruiz ¿Quién va a ser? El más ilustre de nuestros contemporáneos. Hablo de los de entonces... Mi buen amigo Antón, el de los cantares.

Fern. ¡Ah, vamos! ¡El simplicísimo Trueba!

Pablo Simplicísimo no es el vocablo. Candoroso, infantil, tierno como una cordera...

Ruiz ¡Reconcho! ¿Y le vais a poner peros? ¡Isabelita, Isabelita! Mándales callar... o me desbordo. ¡Reconcho! ¡Pretender desvirtuar el justo nombre del único cantor de esta tierra! De aquel que supo trasladar al libro la dulce y suave poesía de nuestras montañas... ¡Ea!, que no lo tolero. Se acabó la discusión. O cambiais de rumbo... o levanto la sesión a silletazos.

Pablo No te exaltes, Chilónides; no te exaltes. Quédate con tu Antón, que no te lo disputamos Glorifica, si te place, a tu cantor sensiblero. Pero déjame a mí, que rinda culto fervoroso, al divino Baudelaire.

Ruiz ¿El de los Paraisos artificiales?

Pablo El de las sublimes Flores del mal.

Ruiz Guárdatelo por muchos años. Yo estoy con mis clásicos: yo estoy con mi Antón, que decía:

«Una heredad en el campo,
una casa en la heredad
y en la casa, pan y amor...
¡Jesús, qué felicidad!»

Pablo ¡Bah! Poesía rústica!

Ruiz O con Bécquer, que dijo lo otro:

«Mientras haya unos labios que respondan
al labio que suspira;
mientras haya unos ojos que reflejen

los ojos que los miran;
mientras exista una mujer hermosa...
¡habrá poesía!»

Pablo ¡Romanticismo sexual!

Ruiz Romanticismo del corazón, que será siempre romántico. Pero ¡ya se ve! ¡Si vosotros no tenéis fibra! ¡Si en fuerza de querer ser cerebrales, como habéis dado en decir, empezásteis por pretender anular el sexo! ¿Qué dices tú a esto, señora profesora?

Isabel Digo... que todos ustedes tienen razón, pero sin extremar las tendencias. Yo estoy con usted en lo que respecta al sentimiento; pero no todo ha de ser pasión, señor Ruiz. Se impone la disciplina, la cultura, el predominio de la voluntad consciente sobre el instinto irreflexivo; ser, ante todo y sobre todo, seres equilibrados en los que la espiritualidad domine a la sensación.

Ruiz ¿Es decir, que te inclinas del lado de éstos, de los cerebrales, de los inasequibles?

Isabel Me inclino del lado de la aristocracia de la mentalidad, contra la democracia del sentimiento. No pretendo negar que haya en éste manantiales fecundos de poesía; pero es poesía ruda, primitiva; casi me atrevería a denominarla zafia... Por ejemplo; yo creo que es más exquisito y elevado el goce que proporciona una controversia metafísica, que el que pueda existir en una vulgar plática de enamorados. ¿No es esto, señores? ¿No están ustedes de acuerdo?

Pablo Intimamente compenetrados, Isabelita.

Tol. ¿De qué se trata?

Fern. De si debe triunfar el sentimiento o la razón.

Tol. ¡Ah! Según.

Ruiz Este nos ha dado la clave. Según. Que quiere decir que hay que regular y poner acordes ambas facultades: la de pensar y la de sentir. Pero pretender anular el sentimiento como fuente de inspiración y reemplazarlo con las especulaciones de la fantasía, es antinatural, y por ende, antihumano. ¿Verdad, sordo?

Tol. De acuerdo.

Ruiz — Me parece que no me ha entendido; pero puesto que me da la razón... (Entran SIDORA y DOÑA CONCHA con servicio de café y licores por la segunda derecha.)

Sid. — Buenas noches a todos.

Con. — Buenas noches nos dé Dios.

Ruiz — A los pies de ustedes, señoras mías.

Isabel — ¡Vaya! Llegó el café. A servirse todos: y ustedes perdonen lo modesto del obsequio.

Ruiz — ¿Quieres callar? ¿Tras de que venimos a darte la lata y nos convidas vas a pedirnos perdón? Mereces una estatua; ¿verdad, sordo?

Tol. — ¿De qué se trata?

Ruiz — De tomar café.

Tol. — ¡Ah, de acuerdo!

Ruiz — ¿Lo ves? Ahora es cuando creo que me ha comprendido perfectamente.

Isabel — Vamos a ver, usted, Ruiz. ¿Cómo lo quiere?

Ruiz — Como te plazca.

Isabel — Bien; pero ¿con leche o solo?

Ruiz — Con gotas, si te parece mejor.

Tol. — Bueno, tú. Destapa eso.

Ruiz — ¿Cómo destapa? ¿Te traes algún obsequio?

Pablo — No es lo que tú presumes, Chilónides.

Ruiz — ¡Ah! ¿No es... líquido?

Pablo — No.

Ruiz — ¿Ni... sólido?

Pablo — Ni sólido.

Tol. — Es una composición.

Ruiz — ¡Ya! Se trata de versos... ¿Versos tuyos? Entonces sí que es una composición... química. Destapa, como dice éste. Pero antes, espera que tome mis precauciones. (Bebe.)

Isabel — Venga esa lectura.

Lucía — ¿Oyes, Pepe? Son versos. A ver, a ver...

Pablo — Es una bagatela. Ha sido escrita al correr de la pluma.

Ruiz — ¿Cómo se titula?

Pablo — Pleitesía a una dama.

Ruiz — Muy bien. Venga de ahí.

Pablo — «Pleitesía a una dama. Ensueño de versos para una sonata divina.»
«Yo vengo de los países de la risa gentil
por adorar vuestra sonrisa;

y para vos traigo una flor sobre la brisa
de Mayo y de Abril.
Yo he catado, mi dama, el vino de Ho-
[racio
y ha oreado mis sienes el viejo Aquilón.
Virgilio me mostró en el país del Lacio
a ser loco y poeta en el corazón.
Yo he discurrido en la fronda del Epiro
con aquel Homero de los versos de llama
[y de miel;
y a mi paso ha cantado el suspiro
de una diosa
que reposa
bajo el triunfo del laurel.
Apolo el divino,
el auriga que lleva los carros del sol,
mandó que a las plantas del vate latino
rendido cayera
su excelso Pegaso;
y las luces, camino al ocaso,
en mi torno danzaron como un girasol.
Yo estoy esculpido
en piedra de Jonia preciosa;
mi estátua se guarda en un templo de
[Amor;
y al pie de los mármoles vela una diosa
que en el seno atesora una rosa.
Eso fuí yo, dama galana;
y también porté de vez en vez mi man-
[dolina
para decir a una infantina
castellana
la canción
del corazón,
o rimas de trovadería,
bajo el muro del castillo y la abadía.
Estos que aquí ves, fueron bufones
o escuderos de este vate real,
o tal vez garzones
de aqueste trovero, heleno y latino,
y provenzal,
y un algo adivino,
y un algo paloma augural.
Vienen en busca de la risa de tu risa;
que, en fuerza de quererla, enfermó el co-
[razón.

Vienen tras la ilusión
de tu sonrisa.
¡Dama más bella que la diosa
que atesora en su seno una rosa!»

Tol. Bien, bien. Eso está bien.

Mar. ¡Chócala! Eres un fenómeno.

Con. Yo no me he enterado de nada.

Sid. Yo tampoco, pero cuando lo elogian...

Isabel ¡Encantadora! Le felicito cordialmente, mi ilustre amigo. Ha hecho usted una cosa encantadora. Muy llena de espiritualidad, de emoción, de... de... ¿cómo lo diré yo?

Ruiz De ninguna manera, porque no sabes qué decir. Eso es, sencillamente, un mamarracho.

Isabel Por Dios, amigo Ruiz...

Ruiz Un mamarracho, repito. Ni ahí hay emoción, ni espiritualidad, ni arte; sino artificio, fanfarronería, hinchazón, ampulosidad... Todo huero, todo... Como su cabeza.

Pablo Gracias, Chilónides. Has hecho el mejor cumplido de mis versos. Lo sutil no está al alcance de tu inteligencia.

Ruiz ¿Lo sutil? ¿Me quieres tú decir dónde está la sutilidad? ¿En que tú hayas sido trovero, o coplero, o ciego de los romances? ¿En que tú hayas bebido el vino de Horacio, que no podría, seguramente, compararse con el de Paloca?

Fern. ¡Ahí te duele!

Ruiz Ahí os duele a todos, gaznápiros. ¿Dónde está el sentimiento? ¿Dónde, la emoción? ¿Dónde, el ritmo? ¿Os habéis figurado que escribir poesía es como acoplar adoquines en un pavimento? No, y no. Prefiero un cantar, prefiero una seguidilla, prefiero... ¡hasta las coplas de la *porrusalda!*

Lucía ¿Preferiría usted estos versos? (Entregándole los de Pepe)

Pepe ¡Luc...! (Se contiene.)

Ruiz Pero, ¿cómo? ¿Tú también escribes?

Lucía ¡Ay, no, señor! ¡Qué más quisiera! Son... de otra persona... y dedicados a otra persona. A mí me gustaron... y se los robé.

Ruiz Veamos. (Lee.) Pues sí, señor, que los prefiero. ¡Ea! Aquí tienen ustedes. No son ningu-

guna maravilla; pero tienen sentido común, que es lo que les falta a esos otros. Oid.

Isabel Bueno; pero ¿quién es el autor?

Lucía No puedo decirlo. Me va a reñir si lo digo.

Isabel ¿Eres tú, Mariano?

Mar. ¿Yo? ¡Bah! Yo siento la poesía, pero no la encajono.

Ruiz Escuchad, si quereis.

Tol. Venga, venga.

Ruiz «A ella.»

Isabel ¿Versos eróticos?

Pablo Lo presumía. Lee, Chilónides.

Ruiz
«Besar tus negros cabellos,
y besar tu blanca frente,
y besar tus rojos labios...
¡y morirme de repente!»

Mar. Amén. ¿Y esa es la poesía que usted prefiere?

Ruiz Claro que la prefiero. Aquí no nos dice grandes cosas, pero revela un anhelo, una pasión, un deseo; algo, en fin; y sobre todo, el autor no se siente, como éste, paloma augural. ¡Si te parece poco! Pero vamos con el segundo:
«Los besos, en amor, no son excesos,
sino forma en que amor se esteriliza...»
(Risas generales.)

Pepe No, no; esteriliza, no. Exterioriza...

Ruiz Justo, sí; exterioriza.

Isabel ¡Pero Pepe! ¿Eres tú?

Lucía Conste que yo no he dicho una palabra.

Ruiz ¡Ah! Es usted el que ha escrito... ¿Y cómo es que se lo tenía tan callado?

Sid. ¿Pepe también?

Pablo Que sea enhorabuena, querido. Ignoraba que nuestra identificación espiritual fuese tanta.

Pepe No se burlen ustedes... Reconozco que es una tontería.

Pablo Nada de tonterías, mi amigo. Escribir versos, no es una tontería. Es labrar la palabra y el espíritu, como el artista que pule el mármol. Sigue, sigue, Chilónides.

Isabel Siga usted. Ya nos tienes a todos interesados.

Ruiz Mejor será que los lea él mismo. Porque, con mi ceguera, soy capaz de volver a me-

ter la patita. Tome usted, pollo. Háganos el favor.

Pepe No... Si ya he dicho que...

Isabel No te hagas de rogar. Complácenos.

Pepe Bueno... Pues allá va. Y ustedes perdonen, por adelantado.

Pablo Encantadísimos.

Pepe
«Los besos, en amor, no son excesos,
sino forma en que amor se exterioriza;
porque un amor sin besos,
es un tuberculoso que agoniza.»

Pablo ¡Oh! Muy bien, muy bien. Adelante.

Pepe
«Tan adentro estás en mí,
que mi mente no concibe
si eres tú quien en mí vive
o soy yo quien vivo en ti.»

Ruiz ¡Bravo, bravo! Ese es el mejor de todos. Mi enhorabuena, pollo; y siga usted escribiendo, sin miedo a estos petulantes.

Pepe ¡Ah, no, señor! Ha sido... una mala ocurrencia.

Isabel A ver, a ver ese último... ¿Quieres dejarme? (Pepe le entrega la cuartilla, que Isabel lee a media voz.) Muy bien, Pepe. Te felicito.

Pablo Le felicitamos todos cordialmente. ¿No es así?

Tol. De acuerdo.

Isabel Y... ¿quién es ella, si se puede saber?

Pepe ¿Ella?

Isabel Sí, la de los versos...

Ruiz Eso no hace falta preguntarlo. Se adivina.

Isabel ¿La conozco yo?

Ruiz Mucho La conoces mucho.

Pepe Sí... Es decir... Perdona que no te lo diga.

Ruiz Ya habra ocasión.

Isabel Vamos, es . un secreto...

Pepe Sí... eso... Quizá lo sepas algún día.

Isabel En ese caso... esperaré a que tú me lo reveles. (¿Será verdad lo que me dijo Ruiz?)

Ruiz Entre tanto, si a ustedes les parece, brindemos por el nuevo poeta que hoy se ha revelado.

Pablo ¡Oh, sí! Con mucho gusto. Brindemos.

Pepe No se burlen ustedes...

Isabel («Tan adentro estás en mí...» ¿Seré yo, realmente? ¿Será posible que este muchacho?...)

Pablo Porque llegue a orlar sus sienes el laurel de la gloria.

Tol. Porque le den ovación y oreja.

Ruiz Porque Apolo, el cochero, le baje el alquila. (Risas generales.)

Isabel (Tendría gracia... Tendría gracia... Tendría muchísima gracia...)

(Entre despectiva y lisonjeada, ríe, en escala ascendente. Aplausos, felicitaciones, risas. Cuadro. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto precedente. Es noche también, y hora aproximada a la en que comenzó la acción en el primer acto.

—

(MARIANO y SIDORA en pie. Aquél, pronto a salir, enarbola un grueso bastón en su mano derecha.)

Mar. Pues no lo dude usted.

Sid. Pues creo que vas a hacer un disparate. Ya te dije yo que lo de los cuadros iba a proporcionarnos más de un disgusto.

Mar. A quien se lo va a proporcionar es a él. Verá usted, en cuanto le tenga a mi alcance. Por supuesto, parece que me huye.

Sid. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué te dice?

Mar. ¿Que qué me dice? ¿Es que usted no ha leído el periódico? Aquí lo tengo. Mire ahí, donde dice: «No creo equivocarme al asegurar que Mendizábal es un pintor vasto.»

Sid. Bueno, ¿y qué?

Mar. ¿Cómo y qué? Que no estoy dispuesto a tolerar esa burla. Basto yo, ¿eh? Yo, pintor basto... ¡A él si que le pintan bastos esta noche! Voy a la redacción. Me han dicho que esta es la hora en que se le encuentra. ¡Se va a beber la tinta del tintero!

Sid. Mira, Mariano... Que no tengamos algo que lamentar... Anda con Dios. . y que tengas la suerte de no encontrarle. (Vase Mariano primera derecha.) ¡Y a mí, que me parece que el periodista tiene razón!...

(Sale ISABEL por el foro derecha.)

Isabel — ¿Era Mariano quien hablaba con usted?

Sid. — Él mismo. ¿Le llamo?

Isabel — No, no.

Sid. — Está dado a todos los diablos. Bien decia yo que los dichosos cuadritos...

Isabel — ¿Qué hora es?

Sid. — Deben estar al caer las nueve...

Isabel — Las nueve... Y Lucía sin venir...

Sid. — No es extraño... Estos días sale muy tarde...

Isabel — Muy tarde, ¿eh?

Sid. — Así me dijo... Cuando venga cenaremos ¿no?

Isabel — Sí... Es decir, primero tengo que hablar con ella...

Sid. — ¿Con ella? ¿Ha hecho algo?

Isabel — No, nada.

Sid. — ¿Cuánto apostamos a que se trata?...

Isabel — Se trata de si quiere usted dejarme tranquila.

Sid. — ¡Ay, hija, perdona. No vuelvo a decir *mú*. Cuando te pones así, no se puede contigo. Descuida, que ya me guardaré más de meterme donde no me llaman. (Suena el timbre.) Esa será Lucía. ¿Le abro?

Isabel — Usted verá si la dejamos en la calle.

Sid. — ¡Jesús, María y José! Tendré que ir a la escuela para poder hablar contigo.

(Vase y vuelve con DOÑA CONCHA por la primera derecha.)

Con. — Buenas noches nos dé Dios.

Isabel — Buenas noches, doña Concha.

Con. — Ustedes que lo sabrán. ¿Qué le ha pasado a Mariano? Le he visto en la calle. Iba hablando solo. Parecía que le habían picado malas pulgas.

Sid. — Sí, señora. A él le han picado; pero el que se va a rascar es otro. ¿No le ha visto usted un garrote que llevaba en la mano?

Con. — Sí.

Sid. — Pues es la razón, que le acompaña.

Con. — ¡Dios nos libre de semejantes razones! ¿Va a pegar a alguno?

Sid. — A intentarlo va, por lo menos.

Con. — ¡Ené, ené! Ese muchacho está perdiendo el juicio de día en día.

Sid. ¡Sí, sí! Lo que no se tiene, no se pierde, doña Concha.

Isabel ¿Quieren ustedes cambiar de tema? ¡También es afán de burlarse de Mariano! ¿No basta con el disgusto que tiene?

Sid. (No la diga usted nada. ¡Está fatal!)

Con. Perdona, hija. ¡Ea! Con el permiso de ustedes. Voy a preparar mi colación.

Sid. El fogón tiene usted libre. Yo ya hice la cena.

Con. Pues voy allá, en cuanto guarde la mantilla. Hasta luego, Isabelita. Y perdona si te he ofendido.

Isabel No, señora. Usted es quien debe perdonarme.

Con. De nada, hija, de nada. El Señor es quien tiene que perdonarnos a todos. (Vase por el foro derecha.)

Sid. Cuando quieras cenar, avisas. Yo estoy en la cocina.

Isabel Está bien.

Sid. (¿Qué mosca le habrá picao?) (Vase por la segunda derecha. Isabel permanece abismada en sus meditaciones. Sidora, profundamente intrigada, asoma varias veces con sigilo en la puerta por donde simuló marchar, y espía a Isabel. Esta saca del interior de su blusa un pliego de papel escrito y lo lee. Sidora avanza secretamente hasta llegar junto a Isabel, con intento de averiguar el contenido del pliego.)

Sid. Si te parece...

Isabel (Sobresaltada. Trata de ocultar el pliego.) ¡Ay!

Sid. Digo, que si te parece, esperaremos a Lucía, para cenar juntas.

Isabel Bien, sí. Lo que usted quiera.

Sid. ¿Te has asustado?

Isabel Naturalmente. Ha llegado usted tan de improviso...

Sid. Hija, perdona. No sabía que estabas estudiando... Estabas estudiando, ¿verdad?

Isabel No... sí... Estaba... (Suena el timbre) Han llamado. ¿Quiere usted abrir?

Sid. Voy, sí. Ahora mismito. (¿De quién será la carta?) (Vase por primera derecha. Isabel aprovecha la ocasión para guardar la carta.)

(Vuelve SIDORA con LUCÍA, por la primera derecha.)

Lucía ¿Por qué me dice usté eso, tía Sidora?

Sid. Tu hermana, ahí está tu hermana. Ella te ajustará las cuentas.

Lucía ¿Qué me tienes que decir, Isabel?

Isabel Lo sabrás al instante. (Se vuelve a mirar a Sidora, como indicándole que está de más.)

Sid. Sí, mujer; sí. Ya me marcho. (Nada, que en este guiso no me dejan oler.) (Vase, mohína, por la segunda derecha. Isabel va tras ella y cierra la puerta. Vuelve a Lucía, le coge de una mano, y le hace sentarse junto a ella, en primer término izquierda.)

Isabel Ven aquí.

Lucía ¿Qué me quieres, Isabel?

Isabel Vas a serme sincera.

Lucía Sí.

Isabel Vas a decirme la verdad.

Lucía Pero, ¿de qué se trata?

Isabel ¿Prometes decirme toda la verdad?

Lucía Bien... Sí... No sé de qué... Pero te lo prometo.

Isabel Júralo.

Lucía Lo juro.

Isabel Por la memoria de mamá, que está en el cielo.

Lucía Me vas a hacer llorar, Isabel... Por su memoria, te lo juro. Dime de qué se trata.

Isabel Se trata... Se trata de Pepe.

Lucía ¿De Pepe? ¿Lo sabes?

Isabel Más de lo que tú supones.

Lucía Y bien. ¿Qué hay de malo en ello?

Isabel Es que quiero saberlo todo.

Lucía Pero, si ya dices que lo sabes.

Isabel Es que quiero que tú me lo digas.

Lucía ¿Y qué he de decirte?

Isabel Sois novios, ¿verdad?

Lucía Sí.

Isabel ¿Nada más que novios?

Lucía ¡Isabel!

Isabel Responde. ¿Nada más que novios?

Lucía Pero, ¿tú lo dudas?

Isabel Pregunto, sencillamente.

Lucía Es que me ofende la pregunta.

Isabel Más debieran ofenderte otras cosas.

Lucía ¡Isabel! No sé qué motivos tienes para tratarme así.

Isabel Ya llegarás a saberlos. Pero antes, quiero saber yo. ¿Desde cuándo sois novios?

Lucía Hace un año.
Isabel ¿Y os veis?
Lucía Todos los días.
Isabel ¿Aquí?
Lucía Aquí y en la calle. Me espera por la noche a la salida del taller.
Isabel ¿Y a donde vais?
Lucía Damos una vuelta y venimos a casa.
Isabel ¡Ah! Dais una vuelta... Por ahí...
Lucía ¿Qué tiene de particular?
Isabel Mucho.
Lucía Bien se ve que tú no has tenido novio.
Isabel Si ha de ser como el tuyo, no lo deseo.
Lucía ¿Por qué?
Isabel Porque te está engañando miserablemente.
Lucía ¿Qué dices? Eso no es cierto.
Isabel Porque está abusando de tu ignorancia y de tu candidez.
Lucía No es cierto. Pepe es muy bueno. Pepe me quiere. Me lo ha demostrado.
Isabel ¿Que te quiere? ¿Y cuales son sus intenciones?
Lucía ¿Cuales han de ser? Las de casarse conmigo.
Isabel ¿Casarse? ¡Ja, ja! ¿Casarse contigo?
Lucía Sí. No sé por qué te ries. Así me lo ha dicho, y así lo hará.
Isabel Y entretanto...
Lucía ¿Qué?
Isabel ¿Por qué se guarda? ¿Por qué os ocultais?
Lucía Porque, todavía... no es tiempo...
Isabel No es tiempo, ¿verdad? No es tiempo aún de casarse... Pero sí de cobrarse anticipos...
Lucía No te entiendo, Isabel...
Isabel ¿No me entiendes? Veamos si esto está más claro. (Sáca del pecho el pliego de papel.)
Lucía Letra suya...
Isabel ¡Cómo la conoces! Letra suya, sí... Bien legible, por cierto... Verás. «Aquel beso, Lucía de mi vida...»
Lucía (Confusa.) ¡Isabel!
Isabel «... aquel beso llegó a lo más hondo de mi alma...»
Lucía No sigas... Te suplico que no sigas...
Isabel «Nunca desaparecerá de mis labios la huella inconfundible de aquel primer beso...» ¿Qué te parece? Se expresa bien; ¿no es cierto?

Lucía — Esa carta...

Isabel — Esta carta es de él... y para ti... No pretendas encubrirlo.

Lucía — No lo pretendo. Pero esa carta...

Isabel — ¿Qué?

Lucía — Me la has robado...

Isabel — No tal. La hallé providencialmente. Bien ajena estaba yo a lo que en nuestra propia casa sucedía. Fué un descuido tuyo imperdonable. Imperdonable, sí. Porque, ya que no habías sabido o no habías querido defender tu recato...

Lucía — Isabel...

Isabel — ... debiste, a lo menos, ocultar cuidadosamente, mejor aún, destruir esta prueba acusadora de tu delito.

Lucía — Eres injusta conmigo. Eres cruel, muy cruel...

Isabel — Dejémonos de lloriqueos, que, además de tardíos, son inútiles para remediar el daño. El remedio es otro. Y lo hemos de aplicar sin pérdida de momento. Vas a cesar en tus relaciones con Pepe.

Lucía — ¿Eh?

Isabel — Y vas a decirle que no vuelva a poner los pies en esta casa.

Lucía — Isabel...

Isabel — Lo que oyes. Y ello ha de ser en seguida; sin dilaciones de ningún género. Esta misma noche.

Lucía — Pero, ¿estás loca, Isabel?

Isabel — Quien está loca eres tú, criatura; que no te haces cargo de la realidad de las cosas. Vamos a ver. ¿Qué piensas tú de los galanteos de Pepe? ¿Para qué crees tú, que te quiere Pepe?

Lucía — Ya lo he dicho. Para casarse conmigo.

Isabel — ¿Para casarse contigo? Pero, ¿no comprendes que eso es imposible?

Lucía — ¿Imposible? ¿Por qué?

Isabel — ¿No te haces cargo de la diferencia que existe entre él y tú? El es un hombre de cierta posición, de algún porvenir; tú eres una chiquilla insustancial y frívola, que apenas sabe dónde tiene la mano derecha. ¿Piensas que se ha de casar contigo, sencillamente, por tu linda cara? No, Lucía. Déjate de pre-

sunciones. El amor no pasa de ser una fantasía de los poetas. El amor no existe; y si existe, es un afecto puramente ocasional. Pepe se siente atraído por tu juventud y tu belleza; y aprovechándose de tu ignorancia, trata de conseguir... lo que todos los hombres procuran cuando tropiezan con una mujer inferior. Tú has tomado por cierto el cariño que él te finge; poco a poco te vas deslizando en la red de sus perfidias... Y yo estoy aquí para evitar que sus propósitos se realicen. ¿Qué dices a esto?

Lucía No sé... No sé qué decirte. . Tú sabes más que yo .. Tú me envuelves y me aturdes con tus palabras y tus razonamientos, que yo no intento rechazar, porque... porque no sé... porque no sé cómo hacerlo... Pero con todo lo que sabes, y lo que yo ignoro, en este caso sé más que tú: porque tengo la certeza, tengo la seguridad de que Pepe me quiere. ¡Me quiere, sí, aunque lo dudes, aunque lo niegues! Y yo lo sé, porque lo he leído en sus ojos, y me lo han dicho sus palabras, y me lo prueban sus actos.

Isabel ¿Es decir, que no valen razones ni argumentos; que tú tienes la soberbia de creer en el simple valor de tu persona, de tu figura? Pues bien; yo, que no creo en tales valores, porque sé hasta donde alcanzan; yo, que soy tu hermana, y me hallo en el deber de velar por tí, prescindo de esas ridículas sensiblerías que alegas, y corto por lo sano. Hoy mismo vas a despedir a Pepe.

Lucía Isabel...

Isabel Hoy mismo vas a despedir a Pepe.

Lucía ¡Nunca! Yo no hago eso. Me quiere. No me ha dado motivo para despedirle.

Isabel ¿No es motivo bastante el haberte faltado al respeto?

Lucía Es que...

Isabel No hay más que hablar. Si tú no le despides, le despediré yo. Esto es preferible, porque así podré explicarle el aprecio que me merece su conducta.

Lucía Isabel... Tú quieres hacerme infeliz para toda mi vida...

Isabel ¿Qué sabes tú de infelicidad?

Lucía ¿Qué sabes tú de querer?

Isabel ¿Yo? ¿Que no sé yo?... Cierto, cierto. Tienes razón. No lo sé. Acaso no llegue a saberlo jamás. Ni me hace falta, después de todo. (Suena el timbre.) Han llamado.

Lucía Iré, si quieres.

Isabel No. Tú, no. Pudiera ser él y pudieras prevenirle. Voy yo misma. (Vase por primera derecha.)

Sid. (Sale por segunda derecha.) Llamaron, ¿verdad?

Lucía Sí. Ya fué Isabel.

Sid. ¿Isabel? ¡Muy bonito! ¿Por qué no has ido tú? ¿Se le van a caer los anillos a la señorita?

(Entran ISABEL, con un libro, y PABLO, por la primera derecha.)

Isabel Mucho siento que se haya molestado, amigo Rosales, para traerme su libro.

Pablo No hablemos de eso. Me cogía al paso... Buenas noches, Lucecita.

Lucía Buenas noches.

Pablo ¡Hola, señora! ¿Habré venido a extorsionarles?...

Isabel Nada de eso. Siéntese... Sabe usted que se le recibe con placer en esta casa.

Pablo Agradecido y encantado. Pero he de permanecer breves instantes, bien a pesar mío...

Isabel ¿Se trabaja mucho?

Pablo Poco, poco... No me gusta torturar la imaginación. El *dolce far niente* constituye uno de mis mayores encantos... Claro es que el artista, el verdadero artista, labora siempre... Pero gestar, no es producir... Esto debe hacerse con método, con pausa, con avaricia, ¿verdad? Homeopáticamente... A mí me causa horror la fecundidad, en todos los órdenes de la vida... ¿Imagina usted algo más grotesco y plebeyo que una señora, ayer modelo de distinción y de gentileza y hoy, casada ya, sin otra misión que la de poblar el mundo con sus vástagos? ¡Oh! Espantoso, ridículo, abrumador... Y grave... Atrozmente grave... Porque el censo de población crece rápidamente; surge el pavoroso problema de las viviendas y le sigue el

no menos pavoroso de la carestía de los víveres... ¿No es así?

Isabel Ciertamente, así es.

Sid. ¡Y tanto que lo es! Dígamelo usted a mí, señor don Pablo, que cada vez que voy a la plaza me echo a temblar... Por la menor cosa exigen un ojo de la cara... Y hay que dárselo o volver a casa con la cesta vacía... ¿Qué creerá usté que me pidieron ayer por un par de lechugas que apenas si tenían algo más que el troncho?

Isabel Mire, tía Sidora... No moleste usted al señor con sus lamentaciones.

Pablo ¡Oh, no! Nada de eso.

Sid. Es verdá. Ustedes perdonen.

Pablo No hay por qué, señora.

Sid. A veces, con la mejor intención, meto la pata. Y para que no vuelva a suceder, me marcho y les dejo a ustedes con su conversación.

Pablo No hay razón, señora... Quédese usted...

Sid. No, no. Porque, además, ésta y yo tenemos que hacer...

Pablo En ese caso...

Sid. Vamos, Lucía. Hasta luego, don Pablo.

Pablo A los pies de ustedes.

Sid. Y usté perdone que haya mezclado los versos y las lechugas. ¡Buena menestra íbamos a hacer! (Vanse Lucía y Sidora por la segunda derecha.)

Isabel ¡Ea! ¡Ya estamos solos! Disculpe usted a mi tía y siga hablándome de sus cosas. Veamos. ¿Qué prepara usted ahora?

Pablo Por el momento, nada transcendental. Me estoy documentando...

Isabel ¿...?

Pablo He de dar una conferencia.

Isabel ¿De veras? Me congratulo. ¿Y dónde ha de ser el acontecimiento?

Pablo ¡En la cuna de la intelectualidad española! ¡En la ciudad Santa de las Letras! ¡Aterrorícese usted! ¡En la gloriosa y vetusta Salamanca!

Isabel ¡Vaya, vaya! Sea muy enhorabuena, amigo Rosales. Y dígame. Usted perdone mi curiosidad femenil. ¿Cómo es que siendo usted

poeta y por ende soñador y romántico y apasionado?... ¿Cómo es que en sus páginas, en las que yo conozco, a lo menos, no aparece, siquiera por incidencia, la nota pasional?

Pablo — ¡Uf! Porque la huyo con espanto, con horror verdadero. El erotismo, aun elevado al más alto grado de espiritualidad, me ha parecido siempre de una ordinariez insoportable.

Isabel — Sin embargo... Ha inspirado páginas hermosísimas...

Pablo — ¡Hum!

Isabel — Recuerde usted el Dante... Petrarca...

Pablo — ¡Bah, bah, bah! Sensiblerías de colegial enclaustrado.

Isabel — Luego ¿usted no cree que el amor?...

Pablo — El amor, amiga mía—y perdóneme la definición—no pasa de ser un vago anhelo genésico. El espejuelo con que nos deslumbra el genio de la especie, que dijo Schopenhauer.

Isabel — Pero, vamos a ver... No sé si peco de molesta, insistiendo.

Pablo — De ningún modo.

Isabel — Vamos a ver. ¿Qué concepto le merece una persona que está enamorada? Puede usted responderme con toda llaneza, porque yo no lo estoy, ni lo estuve, ni pienso que lo estaré. Sepamos. ¿Qué concepto le merece?

Pablo — Sencillamente, el de un tonto.

Isabel — ¡Por Dios, amigo Rosales!

Pablo — Ni más ni menos, Isabelita.

Isabel — Pero, ¡si el amor ha hecho héroes!...

Pablo — No digo que no.

Isabel — ¡Y santos!

Pablo — No digo que no.

Isabel — ¿Y todos esos hombres y otros más, cuyas obras y cuyos amores hiciéronse célebres y ganaron la inmortalidad, fueron tontos?

Pablo — Tontos... sublimes, ¡pero tontos!

Isabel — No, no me convence. El amor debe de ser—yo así lo imagino—como un fluido extraño y misterioso que a veces presta un cierto poder sobrenatural a los séres de quienes se hace dueño. Yo conozco, por referencia, claro está, acerca de eso que llaman amor, co-

sas muy raras y extravagantes; absurdas muchas de ellas; cosas que no se explican con facilidad. Por ejemplo, voy a citarle un caso, del que no hace mucho tuve noticia. Dos mujeres, físicamente iguales. Quizá hubiera entre ellas una pequeña diferencia, pero muy leve, insignificante, pudiéramos decir. Esto en lo físico. En lo moral, todo lo contrario. De una parte, entendimiento vulgarote y simplicidad casi rústica; de la otra, educación esmerada y un cierto nivel cultural; aquélla, carácter frívolo y alocado; ésta, temperamento equilibrado y reflexivo, sin que ello sea obstáculo a una plácida y serena jovialidad. ¿Entendido? Pues bien, un hombre que conoce a ambas mujeres y a ambas trata con igual intimidad, concluye prendándose de la primera, sin reparar en los méritos y cualidades de la segunda. ¿Cómo se explica ésto?

Pablo El filósofo lo ha dicho: Las consideraciones predominantes en el amor, no tienen nada de intelectual y se refieren al instinto.

Isabel Pero eso es colocar las personas al nivel de las bestias.

Pablo Lo ha dicho el filósofo.

Isabel Y si nos atenemos a su afirmación, resultará que es el instinto el que nos lleva, es decir, el que lleva a los que se enamoran, hacia la sublimidad.

Pablo No dijo tanto.

Isabel Pero yo lo deduzco de sus palabras. En conclusión, amigo Rosales...

Pablo En conclusión, amiga mía...

Isabel ¿Qué es el amor?

Pablo Lo diré, si usted me lo permite, con La Rochefoucauld: «Con el amor apasionado sucede lo que con los espectros: Todo el mundo habla de él y nadie lo ha visto.»

Isabel Luego, ¿usted no lo ha conocido jamás?

Pablo Jamás, en ese sentido de la tontería de que antes he hablado.

Isabel De la tontería... sublime.

Pablo Pongamos que así sea.

Isabel En ese caso... comprendido. Usted no puede explicarme lo que le pregunto.

Pablo No vale la pena de que se lo expliquen, ni de que usted lo inquiera. Créame, amiga mía. Un espíritu superior, como usted, no debe preocuparse de tan ridícula superchería. Quédese para la gente pueril e inculta. Los poetas, los que fueron ya, se dieron a explotar el tema hasta agotarlo. Hubo uno, con ribetes de filósofo, que se atrevió a decir:

«Sin el amor, que encanta,
la soledad del ermitaño espanta.»

Pero téngase en cuenta que fué un poeta... ¡y no de estos tiempos! Dicho lo cual, y si usted no dispone otra cosa, me retiro.

Isabel ¿Ya?

Pablo Voy con lo menos diez minutos de retraso. Había hecho propósito de entrar y salir. Pero el encanto de estar junto a usted...

Isabel ¡Cuidado, amigo Rosales! No vayamos a caer del lado... de la sublimidad.

Pablo ¡Oh! No hay temor. Usted y yo somos dos buenos camaradas; y esto vale algo más que lo otro; ¿no es así?

Isabel Ciertamente. Así lo considero.

Pablo Bien; pues. . hasta la vista.

Isabel Le acompaño hasta la puerta.

Pablo No, no se moleste. Conózco el camino. Despídame de su hermana y de su señora tía... y en todo instante a sus pies. Buenas noches.

Isabel Buenas noches, amigo Rosales. Hasta cuando usted quiera. (Vase Pablo por la primera derecha. Pausa prolongada. Isabel, en el centro de la escena en actitud meditativa.)

¡Sin el amor que encanta!...

Y esto, ¿será tal vez amor?... ¡Bah! ¡Soy una simple! ¡Enamorarme yo!... ¿Por qué?... ¿Y de quién?... (Nueva pausa. Se sienta junto a la mesa despacho. Saca del seno la carta de Pepe, la desdobla y la lee con una profunda atención.) «Aquel beso, Lucía de mi vida...» «Nunca desaparecerá de mis labios la huella inconfundible de aquel primer beso...» (Otra pausa. Entra en escena MARIANO, seguido de RUIZ, por la primera derecha. Aquel llega muy sofocado, sin el temible garrote que enarbolaba al marchar. Trae las ropas des-

compuestas y la cara y las manos con manchas de tinta.)

Mar. ¡Hola!

Isabel ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Dios mío! ¡Cómo vienes! ¿Qué te ha sucedido? ¿Le ha pasado algo, amigo Ruiz?

Ruiz Nada, Isabelita, nada. Tranquilízate. Es cuestión de árnica... y de otro traje, porque éste pasó a mejor vida.

Mar. No tengas cuidado, mujer; no me ha pasado nada. Lo que tenía que suceder.

Isabel Pero, ¿es que te han pegado?

Mar. ¡Eh! Oiga usted, Ruiz. Pregunta si me han pegado. ¡He pegado yo! que conste.

Isabel ¿A quién?

Mar. ¿A quién había de ser? A ese chinche de escritorzuelo.

Isabel ¡Ah, vamos! El dichoso cuadrito. Pero, ¿y esos golpes?

Mar. ¡Hombre! ¡Natural!... Yo ya esperaba que él se defendiese.

Ruiz ¡Es claro! Y se ha defendido con su propia tinta, como los calamares.

Isabel ¡Ay, Mariano, Mariano! Con ese carácter nos vas a proporcionar muchos disgustos.

Mar. Descuida. En lo sucesivopondrán más tiento en sus apreciacione todos esos que se dedican a criticar de arte, sin entender una palabra. Lo que es el de ahora, te aseguro que no escribe en una temporadita. Y vamos a lo importante. ¿Tienes por ahí algo de tafetán? Porque parece que aquí me escuece un poco...

Isabel No sé si tendrá la tía... En todo caso se manda por él. ¡Tía! ¡Tía! Haga usted el favor... (Entran LUCÍA y SIDORA por la segunda derecha.)

Lucía Buenas no... ¡Tía! ¡Qué horror!

Sid. ¡Ave María Purísima! ¿Eres tú, Mariano?

Mar. ¡Como no quiera usted que sea el Nuncio!

Sid. El Nuncio, no; pero si te pones una chistera, te confunden con don Paquito. ¡Madre mía de Begoña! ¿Es así como te vengas de los que te ofenden? ¿Y el garrote?

Ruiz Se quedaron con él los guardias, como pieza de convicción. (Sale DOÑA CONCHA por el foro derecha.)

Con. ¡Jesús divino! ¿Te han hecho brecha?

Mar. No, no es nada... Me ha clavado las uñas en el cogote... Mira, Isabel; ¿no te parece que me lave primero?

Isabel Sí, dices bien... Y mejor con sublimado. Tía, ¿quiere usted ir a la farmacia?

Lucía Iré yo, si tú quieres.

Isabel No, no. Tú, no. Que vaya la tía. Ande usted; en un momento.

Sid. Bien. Llevaré una botella... (Vase por la segunda derecha.)

Isabel Y te acuestas después.

Mar. ¿Para qué? Si esto no es nada... Tengo que verme en el café con los amigos.

Isabel De ninguna manera. Hoy no sales. Mañana, cuando te halles tranquilo y nosotras lo estemos también.

(Sale SIDORA por la segunda derecha con una botella y vase por la primera derecha.)

Mar. Bueno, mujer, bueno. ¡Qué asustadizas sois las mujeres!

Isabel Mira; vamos dentro. Usted perdone, amigo Ruiz.

Ruiz No te preocupes. Yo os dejo...

Isabel No... Espere usted un instante... Vuelvo en seguida... Anda, acompáñame tú. (A Lucía.)

Mar. Hasta luego, Ruiz; y gracias por todo.

Ruiz ¡Adiós, Nerón... que te alivies! Y por si acaso, prepara el bolsillo para pagar la multa.

Mar. ¿La multa? ¿Pagar yo la multa? ¡Como no quieran llevarse un cuadro!

(Vanse por el foro izquierda Mariano, Isabel y Lucía.)

Con. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué chicos estos! ¡Qué chicos estos! En nuestros tiempos no se daban tales escándalos, ¿verdad, amigo Ruiz?

Ruiz Sí, señora, sí. En nuestros tiempos y en todo tiempo los hombres se han aporreado de lo lindo. Lo único que han variado son las causas. Porque en la época a que usted se refiere, los mozos nos dabamos de cachetes a cuenta de si Fulanita prefería al uno o al otro. Y ahora, ya lo ve usted; se pelean por mor de un adjetivo. Nosotros valíamos más; es indudable; pero estos de ahora, lo-

grarán más provecho; también es indudable.

(Sale ISABEL por el foro izquierda.)

Isabel Le he hecho acostarse hasta que venga mi tía con el sublimado. ¿Ha visto usted qué locura, amigo Ruiz?

Ruiz No lo creas. Tu hermano no es de su tiempo. Ha comprendido que lo mejor es abreviar. Y se abre camino a golpes. Es el sistema moderno.

Isabel ¿Usted cree que le impondrán algún castigo?

Ruiz No. A lo sumo, una multa... que ya trataremos de conseguir que no se pague. Aunque esos de la curia no perdonan ni a su abuela.

Isabel ¿Qué hace usted así, doña Concha?

Con. ¿Cómo así?

Isabel En pie.

Con. Pues estaba dudando si quedarme todavía un ratito o ir a rezar mis oraciones y acostarme después: porque me siento un poco desvelada. Pero como tengo que madrugar...

Ruiz ¿Para ir a misa?

Con. Sí, señor. A misa de cinco. Es mi costumbre.

Ruiz También la mía.

Con. No se burle usted.

Ruiz No, señora; no me burlo. Yo también oigo la misa de cinco. Los días de fiesta, claro está. Sólo que para ir a ella, usted madruga y yo trasnocho. Usted sale de la cama y entra en la iglesia. Yo salgo de la iglesia y entro en la cama. De donde se deduce que, lógicamente, yo debo dormir con más tranquilidad que usted. Esto es, como un bendito.

(Entra PEPE, seguido de SIDORA, por la primera derecha.)

Pepe Buenas noches.

Isabel ¡Hola! Buenas noches.

Ruiz ¿Qué hay, pollo?

Pepe ¿Qué le ha pasado a Mariano, que acaban de decirme?...

Ruiz Nada, hombre, nada. Que ha comenzado a hacer propaganda... de una estética suya. El

nuevo arte, que viene a romper moldes... y cabezas...

Sid. El sublimado. ¿He venido pronto?

Isabel Regular.

Sid. Pues que te *coste* que he tenido que reñir una batalla con el boticario. No quería dármele sin receta. Parece que ahora les ha dao a las chicas por envenenarse con este *mejunje*... Hasta que he acabao por decirle: Vamos a ver. ¿Usté cree que estoy yo como pa suicidarme por amores contrariados? Se ha echao a reir... y me lo ha dao, pero con no sé cuantas recomendaciones.

Isabel Lléveselo, tía, y póngale a Mariano agua templada... para que la mezcle con eso y se lave. ¿Quiere usted acompañarle, doña Concha?

Con. Con mil amores.

Sid. No, no hace falta.

Isabel Sí, sí. Que le acompañe. Y usted, amigo Ruiz...

Ruiz (Esta quiere despejar el campo.) Yo, me ausento. Conque, hasta otra. Y celebro mucho haber llegado a tiempo de impedir que vuestro Ticiano se malogre.

Isabel Adiós y un millón de gracias.

Ruiz De nada. Señoras... A los piés de ustedes.

Sid. Con Dios, señor Ruiz.

Con. Hasta la hora de misa. Mañana es fiesta.

Ruiz No faltaré.

Con. Ya lo veremos. Yo suelo acudir de las primeritas, antes que el sacristán abra la puerta.

Ruiz Pues yo le gano a usted... ¡porque despierto al sacristán! Adiós, pollo. Adiós a todos. (Vase por la primera derecha.)

Todos Adiós.. Usté siga bien.

Sid. ¿Vamos, doña Concha?

Con. Vamos.

Sid. ¿Te quedas, Isabel?

Isabel Sí, acompañando a Pepe.

Pepe Por mí no te molestes.

Isabel No es molestia. Tengo que hacerte una recomendación.

Pepe Siendo así...

Sid. Pues hasta luego.

Pepe Hasta luego.

(Una pausa. Isabel se cerciora de que todos han marchado y luego se vuelve a Pepe para mirarle con insistencia. Este, en pie, por el momento no se da cuenta de la observación de que es objeto. Al advertirlo, se siente un poco molesto, se turba ligeramente y busca una frase con que romper el mutismo que le es enojoso.)

Pepe Todavía no me has dicho cómo está tu hermano.

Isabel Está bien. Gracias...

Pepe Pero. . ¿no habrá sido grave...?

Isabel No; nada grave .. Tranquilízate.

Pepe Cuando tú lo dices... Vaya, me alegro. Porque tu tía me había asustado.

Isabel ¿De veras? ¿Tanto te interesa la salud de Mariano?

Pepe La de Mariano... y la de todos vosotros.

Isabel Se agradece.

Pepe No creo que deba extrañarte... Toda la vida tratándonos... Para mí, como si fuérais de la familia...

Isabel De... la familia... No está mal eso de la familia.

Pepe Claro que no está mal. Es decir, salvo que tú... Porque conste que yo...

Isabel ¡Basta de hipocresía!

Pepe ¡Isabel!

Isabel Lo dicho. ¡Basta de hipocresía! Me exasperan las palabras falsas, pletóricas de engaño, como las tuyas.

Pepe Pero ¿qué dices?

Isabel De todos nosotros, a quienes tú finges considerar como de la familia, no hay más que una persona que te interese. Y esa, no sabemos hasta qué punto.

Pepe Isabel...

Isabel Siéntate. ¿No dije que tenía que hacerte una recomendación? Pues voy a ello. Siéntate.

Pepe Bien; pero...

Isabel Siéntate. Yo te lo suplico.

Pepe Bueno. Me siento.

Isabel Perfectamente. Y ahora, escucha. ¿Qué móviles te traen a esta casa?

Pepe ¿Qué móviles, dices?

Isabel Sí; responde.

Pepe ¿Cuáles han de ser? Vuestra amistad... el afecto que os profeso...

Isabel Basta de farsa, he dicho.

Pepe Isabel, yo te juro...

Isabel No me jures nada. ¿Y es ese afecto, que dices profesarnos, el que te induce y te autoriza y te da ánimos para introducirte mansamente, traidoramente en el corazón de una pobre muchacha inexperta, como es mi hermana, y hacer de ella juguete de tu capricho?

Pepe ¿Qué dices? Yo te aseguro, Isabel...

Isabel No niegues. ¡Si lo sé todo! ¡Si me lo ha confesado ella misma!

Pepe ¿Ella?

Isabel Ella, sí.

Pepe Y bien. Es cierto. ¿A qué negarlo? Pero lo único cierto, lo único que ha podido ella confesarte, es que la quiero; y esto es verdad; yo también te lo digo. La quiero; ella también me quiere, y con la ayuda de Dios, seremos felices.

Isabel ¡Con la ayuda de Dios! Pero, ¿es posible que seas tan cínico?

Pepe ¡Isabel!

Isabel ¿Es posible que a mí también trates de engañarme?

Pepe ¿Engañarte? ¿En qué? ¿Por qué?

Isabel ¿Me vas a hacer creer que la quieres de veras, que tu cariño es firme y sincero; que tus propósitos son honrados y leales?

Pepe ¿Por qué no?

Isabel Mira, Pepe; no intentes confundirme, no trates de lograr que yo también caiga en la red de tus engaños, porque no has de conseguirlo. Pase y se explica que ella, en su corto alcance, no haya podido atisbar lo absurdo de tu mentira... Pero yo veo claro en vuestra situación; en la tuya y en la de ella; y comprendo perfectamente que eso que dices, eso que aparentas desear, es irrealizable.

Pepe ¿Irrealizable? ¿En qué te fundas?

Isabel En que tú no puedes ser para ella, ni ella para ti.

Pepe — Que yo no puedo... ¿Quién me lo impide? Y en cuanto a ella... ¿Qué hay en ella que sea indigno de mí?

Isabel — ¡Oh! No hablemos de eso. Si de indigna pecó, y tú, acaso, mejor que yo lo sabes, por tu culpa y obra ha tenido que ser. Y que Dios castigue tu mal comportamiento, si tal ha sucedido.

Pepe — Pero, Isabel... Dejémonos de inculpaciones. ¿Qué hay de malo en que yo quiera a tu hermana y en que tu hermana me corresponda? ¿Es acaso un crimen lo que cometemos?

Isabel — No; ella, no. El crimen lo cometes tú solo. Ella es la víctima; es decir, tú intentas que lo sea. Pero no has de conseguirlo, porque yo estoy aquí para evitarlo.

Pepe — Pues bien. Hablemos claro. ¿En qué consiste mi crimen?

Isabel — En que abusando de nuestra confianza, inmerecida por lo visto, y de su candidez, tratas de introducir en esta casa la perturbación y quizás el escándalo. Porque tú no la quieres. No. No la quieres. No puedes quererla; a lo menos, con buenos propósitos

Pepe — Pero, ¿por qué?

Isabel — ¿Y me lo preguntas? ¿Piensas que no me hago cargo de la diferencia que hay de ella a ti? Tú eres un hombre... con una posición y un porvenir asegurado. Tus aspiraciones... son las de subir, las de mejorar, ya que a ello te asiste derecho. Ella... es una chiquilla, que no tiene sobre qué caerse muerta; una muchacha insubstancial y frívola; un lindo muñeco de *biscuit,* que para nada sirve, pero un instante divierte y recrea. Pasado el encanto, el muñeco se rompe; los pedazos se arrojan a un rincón... ¡y a vivir, que el mundo es grande! ¡Qué bonito! ¿verdad? ¡qué divertido! Pero conmigo no contabas y yo te salgo al paso para decirte... ¡Eso no, Pepe! ¡Eso, jamás! ¡Con mi hermana, jamás! Ya lo sabes.

Pepe — ¿Y si yo te dijese, Isabel, que estás equivocada?

Isabel No lo creería.

Pepe ¿Y si yo te jurase?...

Isabel Jurarías en falso... y no había de creerte.

Pepe ¿Por qué te empeñas en negar la verdad?

Isabel Porque esa verdad no existe.

Pepe Escúchame, Isabel. Escúchame con calma. Mira que me estás injuriando; que estás haciendo befa y escarnio de todo lo que hay en mí de honrado y noble y necesito, para contenerme, recordar que eres mujer... y eres mi hermana.

Isabel Tu hermana, nunca.

Pepe Lo serás... aunque tú no quieras. Escucha. Yo me hago cargo de los temores que te asaltan y los comprendo y los justifico. Pero deséchalos, te lo ruego. Jamás he sentido esas aspiraciones a que tú dices tengo derecho. No me interesan. Yo no he buscado sino un cariño franco y leal y creo haberlo hallado en Lucía. Por eso la quiero. La quiero con todo el amor de mi alma. La quiero con un afecto noble y puro, como el del hombre que ha encontrado la elegida de su corazón, la que ha de ser su esposa. Estos son mis propósitos. Esta es la sola verdad existente. Créeme Isabel; créeme sin dudas, ni recelos, porque te acabo de hablar como si nos oyesen tu madre y la mía. ¿Qué dices?

Isabel Pero.. pero, ¿es posible? ¿Será verdad, Dios mío?. . ¿Que tú... le quieres?

Pepe Verdad. No lo dudes.

Isabel ¿Que tú... le quieres... a ella?

Pepe A ella, sí. A Lucía. A tu hermana.

Isabel Pero... si no puedo creerlo.... Si ella.. no es nada...

Pepe Para mí, lo es todo. Absolutamente todo.

Isabel Pero... si... ella... si... tú...

Pepe ¿Qué dices, Isabel?

Isabel ¡Que no! ¡Que no! ¡Que no! ¡Que no lo creo! ¡Que no la quieres!

Pepe ¡Sí la quiero!

Isabel ¡No! ¡No la quieres! No puedes quererla. No puedes quererla.

Pepe Sí. Te digo que sí.

Isabel No. No la quieres. He dicho que no la quieres.

Pepe — Pero, dime... ¿Es que no la quiero... o es que tú quieres que no la quiera?

Isabel — ¿Yo? ¿Qué has dicho? ¿Que yo quiero?... ¿Que yo?... ¡Ja, ja, ja! ¡Necio! ¡Estúpido! ¡Farsante! ¿Qué has llegado a imaginarte? ¿Acaso piensas que yo? ¿Que yo?...

Pepe — Perdona. No quise decir...

Isabel — ¡Vete! ¡Vete! ¡Sal pronto de aquí. Quítate de mi vista, que me repugnas.

Pepe — Isabel...

Isabel — Vete, he dicho. Sal de esta casa y no vuelvas a poner en ella los pies.

Pepe — Isabel...

Isabel — Ya lo has oído. Jamás pude creer que tu osadía llegase a tanto. Pensar que yo... ¡Majadero! ¡Vete! ¡Vete ya, que me exasperas!

Pepe — Escucha...

Isabel — No quiero escuchar. Ya lo sabes. Estás despedido. Te arrojo de mi casa. De la nuestra. Vete, para no volver. Y no pienses en mi hermana. No pienses en ella, porque no será para ti, jamás. ¡Jamás!

Pepe — Eso... lo veremos.

Isabel — Lo veremos, sí. ¡Vete!

Pepe — Hasta muy pronto.

Isabel — ¡Hasta nunca! (Vase Pepe por la primera derecha. Isabel permanece unos segundos inmóvil mirando a la puerta por donde aquel se fué. Luego se vuelve. Se sienta sofocada, agitadísima, presa de un fuerte ataque de nervios. Pasea rápidamente de un lado a otro de la habitación.) ¡Ah! Por fin... ¡Se fué! Me era ya intolerable su presencia... ¡Estúpido! ¡Fatuo! ¡Imbécil! ¡Ah, Dios mío!... ¡La quiere!... ¡La quiere!... ¡A ella!... ¿Y por qué la quiere? ¿Por qué la quiere?... ¡Si no es posible!... ¡Si es un absurdo!... ¡Si es un disparate!... ¡Ah, Dios mío! Yo me vuelvo loca... Me vuelvo loca... Me vuelvo loca...

(Breve pausa. DOÑA CONCHA aparece por el foro izquierda.)

Con. — Tu hermano, que si quieres ir a verle.

Isabel — ¿Mi hermano? ¡Que le vea el médico si le hace falta! Yo no entiendo de curar chichones.

Con. — ¿Qué te pasa, mujer?

Isabel No me pasa nada... No me pasa nada... ¿Qué quiere usted que me pase?

Con. No, nada... Ya veo que no te pasa nada.

Isabel Entonces...

(Sale SIDORA por el foro izquierda.)

Sid. Isabel...

Isabel ¿Qué hay?

Sid. Mariano te llama.

Isabel ¿Qué quiere Mariano?

Sid. Saber dónde has puesto el tafetán.

Isabel Que lo busque. ¿No es él quien lo necesita? Pues que lo busque. Yo no estoy para servir a nadie.

Sid. Mujer, no te pongas así...

Isabel Me pongo así porque me place. ¿Estamos? Cada palo que aguante su vela, que yo ya estoy harta de sufrir a los demás.

Sid. Pero, ¿qué te ocurre?

Isabel No me ocurre nada... He dicho que no me ocurre nada...

Sid. Ya, ya lo he oído. (¡Jesús, qué vendaval!)

(Sale LUCÍA por el foro izquierda.)

Lucía Isabel, dice Mariano...

Isabel ¿También tú? Pero, ¿es que os habéis propropuesto agotar mi paciencia? Mariano y tú y todos os vais a paseo, que yo no quiero soportar a nadie, ni oir a nadie, ni ver a nadie. ¡Ea! ¡Se acabó! (Se dirige al foro izquierda.)

Sid. ¿Dónde vas?

Isabel ¡Al infierno! A ver si allí me dejan tranquila. (Vase por el foro izquierda. Pausa prolongada. El estupor se halla retratado en todos los semblantes.)

Con. ¡Jesús, María y José! (Se santigua.)

Sid. ¿Usted ha visto, doña Concha?

Con. Lo veo y no lo creo, Sidora. De no haber estado presente, ni aunque me lo jurasen. A esa muchacha le sucede algo

Sid. Pero, ¿qué ha podido ser?... ¿Qué estaba haciendo cuando usté ha venido?

Con. Nada... Se paseaba de un lado a otro... Yo la creí tranquila... Pero apenas le he dirigido la palabra, se ha vuelto a mí como una furia .. ¿Serán los nervios?

Sid. Los nervios .. y algo más. Esta debe de saber... ¿Qué era lo que a ti te tenía que decir?

Lucía ¿A mí? Nada....

Sid. Pero, ¿no os habéis encerrao aquí las dos y habéis estao cuchicheando tan por lo bajo, que yo no he podido entender una palabra y eso que estaba con el oído pegao a la puerta?

Lucía Sí... Es verdad... Ella empezó a hablarme, pero de cosas nuestras... sin importancia...

Sid. ¡No! ¡Si yo me lo temía! El día de hoy tenía que ser de danza. Era día señalao. En cuanto vi a Mariano salir por esa puerta armao de garrote, me dije pa mis adentros: ¡Función tenemos! Pero, la verdad; no creí que la fiesta llegase a tanto.

Con. En fin; yo voy a acostarme...

Sid. Sí, sí; y nosotros también, en terminando los quehaceres. A la cama y dejemos que pase la tormenta. Mañana será otro día... (Suena el timbre con insistencia.) ¿Han llamao?

Con. Sí, señora; y repiten.

Sid. A estas horas, ¿quién será?

Con. Si no ha ocurrido alguna otra desgracia...

Sid. ¡No, por Dios! ¡No me ponga usted la carne de gallina! Anda, Lucía; sepamos quién es, cuanto antes.

(Vase Lucía y vuelve seguida de PACHI y PEPE, por la primera derecha.)

Pepe Buenas noches. ¿Se puede pasar?

Sid. ¿Eres tú, Pepe? Adelante. ¡Chico! Nos habías dao un susto... ¡Cómo, Pachi! ¿Usted también por aquí?

Pachi Tamién. Este me trae... A remolque, a remolque... No sé... Notisia gorda parese que quiere dar y... Agur, doña Concha. *¿Ser mo du?*

Sid. ¿Y qué les trae a ustedes, si se puede saber? Es decir, siéntense primero.

Pachi Grasias. Yo sí me asiento. Canso, canso te vengo y...

Pepe ¿No está Isabel?

Sid. Sí. En su cuarto creo que está... A su cuarto ha ido ¿no? (Doña Concha y Lucía se encogen de hombros.)

Pepe Si me hicieran el favor de llamarle... Deseábamos hablar con ustedes y con ella.

Sid. ¿Con todos nosotros?

Pachi — Así parese... Etiquetas que te trae éste, éste son y...

Sid. — Bueno. La llamaremos, sí, señor.

Pepe — Y si Mariano pudiera...

Sid. — Mariano está en la cama. Dice que le duelen mucho los riñones...

Pachi — Del palisa que le ha dao al otro, sí será...

Pepe — En ese caso, basta con ustedes e Isabel.. Haga usted el favor de decirle que estamos aquí mi padre y yo.

Sid. — Sí, sí... Se lo diré... (¡Si me da tiempo!) (Vase por el foro izquierda.)

Con. — (Se me figura que Pachi ha bebido algún *chiquito* de más)

Pachi — ¿Qué hay, pochola? ¡*Miraleis* qué cara pone! Apostar me hasía yo a que tú ya te tienes el *rum rum* de a lo que venimos aquí. ¿Verdá, pues? ¡Ujujú!

Pepe — Padre... Hágame usted el favor... Un poco de formalidad.

Pachi — ¿Qué dises tú? Formal, formal te estoy y... Pregúntale a doña Concha...

Con. — Sí, sí... No haga usted caso. El hallarse alegre no tiene que ver...

Pachi — ¡*Naturalesamente!* Si alegre no te estás, ¿qué vas a haser? ¿Morirte, pues? Y aluego estas cosas pa alegría son, na más... ¿Verdá, *neska poli?* Verás qué abraso te doy cuando te cases.. A tu marido a cuerno quemao le ha de saber y...

(Sale SIDORA por el foro izquierda.)

Sid. — Ahora viene. Estaba en su cuarto. (¿Qué opina usté, doña Concha? A mí me parece que traen algo grave.)

Con. — (Y a mí también.)

Sid. — (Isabel se ha puesto pálida... Cuando le he dicho que estaban aquí Pepe y su padre, creí que le daba un mal... En todo esto hay misterio.)

Con. — (Pronto lo vamos a saber.)

(Aparece ISABEL en la puerta del foro izquierda. Viene densamente pálida. Los ojos secos y brillantes. Al hablar parece que realiza un esfuerzo sobrehumano. Se detiene un instante en el dintel de la puerta. Después avanza.)

Isabel — Buenas noches. ¿Qué tal está usted, Pachi?

Pachi ¡Agur, Sabelchu! Bien, ¿y tú? Mala cara te traes... Enfermisa te estás, o...

Isabel No es nada. Un poco de fiebre. Como me encontraba estudiando...

Pachi ¡Hum! Estudiar, estudiar.. Calentar la cabesa con librotes y...

Sid. Aquí, Pepe y su padre, que quieren hablarnos. Ya te he dicho...

Pachi Hablar, éste hablará. Yo...

(Se sienta Isabel.)

Sid. Bueno; pues... Ya estamos todos.

Pepe Voy a decirlo en dos palabras; porque comprendo que la hora no es oportuna y ustedes tienen que acostarse. Pero las circunstancias me aconsejaban dar este paso sin demora de ningún género y por eso hemos venido a molestarles en ocasión tan intempestiva.

Pachi ¡Eu! *¡Pampliñas! ¡Pampliñas!* Todo eso, te son *¡pampliñas!* Al grano, al grano.

Pepe Déjeme hablar. Al grano dice mi padre y dice bien, aunque no como debiera decirlo.

Pachi ¡Eu! *¡Pampliñoso!*

Pepe El grano es, y ustedes perdonen que me exprese de este modo, que mi padre y yo, de mutuo acuerdo, venimos a pedir a ustedes, para mí, la mano de Lucía.

Pachi ¡Cataplum! ¡Ya te ha costao!

Sid. ¡Cómo! Me dejas asombrada. Que tú vienes..

Pepe Con mi padre, a pedir la mano de Lucía.

Pachi La mano solo, no, ¿eh? Lo demás tamién. ¡Ja, ja, ja!

Sid. Pero, ¿oyes esto, Isabel?

Isabel Lo he oído.

Sid. ¿Ha oído usté, doña Concha?

Con. Sí, señora... y que sea enhorabuena y Dios los haga felices.

Sid. No salgo de mi asombro. ¿De modo que tú?...

Pepe Yo tengo hablado de esto con mi padre hace algún tiempo, y pensábamos haberlo efectuado en forma y fecha debidas. Pero algo con que no contaba me ha hecho cambiar de opinión y apresurar lo que, después de

todo, a mayor o menor plazo, tenía que suceder. Mi padre y yo, somos solos; no contamos con ninguna mujer en nuestra familia, y una vida como la nuestra, por fuerza ha de ser triste y desordenada. A mí me hace falta una compañera y a él una hija que me ayude a quererle y cuidarle. Lucía y yo hemos llegado a confundirnos en una misma aspiración. Yo cuento con ella y ella conmigo. De mi padre, ya ven que aprueba nuestro plan y le otorga su total asentimiento. El resto depende de ustedes. Si por su parte no existe inconveniente, la boda se hará en el plazo más breve posible. En nuestra posición no son precisos grandes preliminares. Ustedes me han de responder.
(Pequeña pausa.)

Sid. Lo dicho. No salgo de mi asombro. (A Lucía.) Y tú, ¿qué dices?

Lucía Yo...

Pachi ¡Ja, ja, ja! ¡*Miraleis* qué colorada se ha puesto! ¡El *demoño* te son las mujeres. Desear te están una cosa, y cuando les preguntas, *dengues* te hasen y así...

Sid. Y tú, Isabel... ¿No dices nada?

Isabel Yo, nada tengo que decir. Usté es quien ha de responder.

Sid. Pues yo.. la verdá... No es porque estén ustedes delante; pero esta noticia me ha dado una gran alegría... A mí, Pepe, me ha parecido siempre un buen chico...

Pachi ¡Hum! De todo te hay, pues.

Sid. Y mirándolo bien; ¿qué mejor proporción le puede salir a ésta? Y luego, si ella está conforme... ¿No te parece, Isabel?

Isabel Ya he dicho que usted es quien tiene que resolver.

Sid. Bien, sí... Pero es que yo... Porque tú, también, eres su hermana... y también te interesa.. y nadie mejor que tú... Yo quisiera que me dijeses algo... A ver qué te parece...

Lucía Isabel ..

Pachi Dise bien, ¡qué demonche! Tamién tú tienes que disir y..

Isabel Pues. . por mí... que se casen... y sean muy felices.

Sid. Ya lo han oído ustedes.

Lucía ¡Isabel! ¡Gracias, Isabel! (Le abraza y lloran juntas.)

Isabel ¡Lucía!

Lucía (¿Ves cómo me quiere? ¿Ves cómo yo tenía razón?)

Isabel (Ya lo veo, sí... Ya lo veo...)

Pepe (Se acerca a Isabel.) Yo también te lo agradezco. No esperaba menos de ti.

Pachi ¡Bien! Pues esto se ha acabao. ¡Anda! ¿Pucheros no te están hasiendo? ¡Quitar de *ay*, sosotas, más que sosotas! ¿Morirte vas a haser o...? No, señor; que a mi casa te vienes, y bien que te estarás. A mí, conque me tengas pronto la sena y me hagas cuatro *sansos* de ves en cuando, contento me tendrás y... *¡alsa, pilili!*

Con. Dice bien Pachi. No es ocasión de llorar, sino de reir y estar alegres; que, después de todo, se trata de unir dos familias cristianas y bien nacidas. ¡Ea! Se acabaron los lloros...

Sid. Si es que a mí también se me saltan las lágrimas.

Con. Usté es tan bobalicona como ellas.

Pachi Bien, pues .. Pa acabar la fiesta, yo convidar ya vos haría, pero... a lo mejor no *quedreis*...

Con. Déjese usted de convites, que ya no es hora sino de acostarse. A dormir y a celebrar la buena nueva en paz y en gracia de Dios.

Pepe Dice usted bien. Vámonos, padre.

Pachi *Amos,* sí. Pero a la cama tan pronto, no, ¿eh? Al café te iremos...

Pepe Donde usted quiera, pero vamos. Adiós, doña Isidora.

Isid. Adiós, hijo. ¿Me dejas que te lo llame?

Pepe ¡Cómo no, si ese es mi deseo! Doña Concha...

Con. Que Dios te bendiga, Pepe. Y cuida de hacerla feliz, que ella es muy buena.

Pepe Sí, señora; sí.

Con. (Bajando la voz.) Oye. Y no le dejes solo a tu padre que está hoy en vena de tomar la escandalosa.

Pepe Pierda usted cuidado. Va conmigo. (Se acerca

a Isabel.) Isabel... (Isabel le tiende la mano.) Y ahora... ¿Te puedo llamar mi hermana?

Isabel Sí.. Ahora, sí... Tu hermana, tu hermana siempre.

Pepe Gracias. Como a tal te querré. Adiós.

Isabel Adiós. (Pepe se acerca a Lucía y animadamente conversan en voz baja; en tanto, Pachi se dirige a los demás personajes y principalmente a doña Concha.)

Pachi *Mireis* lo que me acabo de pensar.

Con. Sepamos.

Pachi Pues.. pensar yo te he hecho que, cuando se casen esos dos, envidia me van a dar, y... Si usté *quedría*... A casar tamién ya estoy dispuesto.

Con. ¿Conmigo?

Pachi ¿Con quién, pues?

Con. ¡Ave María Purísima! ¡Cómo se conoce que no está usted en su cabal juicio.

Pachi ¿Chiflao te estoy o...? Viejo, viejo, pa un disir, no soy... Entoavía *sirris* y asi te puedo haser...

Con. ¡Jesús! Ate usted esa lengua. Pero, ¡cómo está este hombre!

Pachi ¿Por marido no me quiere o...? ¿Donsellita, pues, te vas a morir? ¡Lástima! Con los diñeros que usté tiene, serrar yo hasía la carpintería y... a vivir, pues...

Con. A beber, querrá usté decir.

Pachi Eso, pues... A beber y.. a vivir tamién... ¡Ji, ji, ji! *Miraleis*, qué cara te ha puesto. En serio o así, te ha tomao...

Con. ¿Qué he de tomarlo en serio?

Pachi ¿Casarte yo? ¡*Coitao, coitao* había de ser!... Pa estos que no lo saben, sí... Pero pa mi.. *Un ves* que me casé y arrepentido te estoy... No más, no más... ¡Ji, ji, ji!...

Pepe Hasta mañana. Que pienses en mí.

Lucía Pensaré. Hasta mañana.

Pepe Vámonos, vámonos, que estamos molestando.

Pachi Güeno... hoy sin convidar vos quedais; pero otro día... *moscorra* te teneis que coger...

Con. Ande usté, ande usté, que no piensa más que en la *moscorra*..

Pachi ¡Hum! Pa mujer, no... Pa suegra, mejor, sí, serviría usté...

Pepe Ande, vámonos.

Pachi Güeno. *Agur*, ¿eh? *Ondo ibillí.* Hasta otra ves, ¿eh? ¡Ah! Espérate; espérate, pues... (Levantando el brazo derecho por cima de la cabeza y haciendo girar su boina sobre el dedo índice de la misma mano.) ¡Viva la noviaaaaa! (Risa general. Vanse Pepe y Pachi, este último semiarrastrado por aquél.)

Con. ¡Jesús María! ¡El bueno de Pachi!.. Nunca le he visto como hoy. Ven aquí, hija mía. Dame un beso y que Dios te colme de felicidades.

Lucía Muchas gracias.

Con. Y procura ser buena, para que él lo sea contigo.

Lucía Sí, señora. Lo seré.

Con. ¡Ea! Que ustedes descansen.

Sid. Adiós; igualmente, doña Concha. (Vase doña Concha por el foro.) Isabel...

Isabel ¿Eh?

Sid. ¿Vámonos también nosotras?

Isabel No... Yo no... Yo me quedo todavía... Acuéstense ustedes.

Sid. ¿No tienes sueño?

Isabel No; voy a estudiar un poco.

Sid. Pero, ¡criatura! Ahora que recuerdo... Si no has cenado aún...

Isabel No, no... Ya lo sé... No tengo gana...

Sid. ¿Y vas a estar así hasta el otro día?...

Isabel Sí, sí... Es preferible... No había de sentarme bien... Váyanse ustedes...

Lucía ¿Me das un beso?

Isabel ¡Ah!... Sí... Toma... Que seas feliz...

Lucía ¿Me querrás siempre?

Isabel Siempre... Siempre... Te querré siempre...

Lucía Hasta mañana.

Isabel Adiós. Hasta mañana... Que descanses...

Sid. Bueno, pues... Te dejamos... Acuéstate pronto, ¿eh?

Isabel Sí, sí...

Sid. Y no estudies demasiado, que vas a enfermar...

Isabel No, no.. No hay cuidado..

Sid Quieres que te haga una taza de té?

Isabel No, no... No quiero nada... No quiero nada... Hasta mañana...

Sid. Hasta mañana... Vamos, Lucía... Hasta mañana.

(Vanse por el foro izquierda Lucía y Sidora. Isabel queda en pie, inmóvil y muda como una esfinge. Pasados unos momentos parece reanimarse. Después de cerciorarse de que le han dejado sola (al fin), se acerca a su mesa escritorio y da luz a la lámpara. Luego se llega a la puerta de la derecha y hace funcionar la llave para apagar la lámpara que pende del techo de la habitación. Abre el balcón de la izquierda y se acerca a él, para respirar el aire de la noche. Todo es quietud y silencio. Vuelve a la mesa despacho y se sienta junto a ella. Coge un libro, lo abre y comienza a leer. Prontamente lo cierra con gesto de disgusto y lo vuelve a dejar sobre la mesa. Breve pausa en actitud meditativa. Coge otro libro y se repite el caso ocurrido con el anterior. Esta vez, en lugar de depositarlo sobre la mesa, lo deja caer al suelo. Nueva pausa. Saca de su seno la carta de Pepe y comienza a leerla. A medida que avanza en la lectura, una extraña emoción se apodera de su ser. Sus ojos se nublan, su cuerpo se agita convulsivamente, y arrugando el pliego escrito, entre sus manos crispadas, febril y sollozante se arroja de bruces sobre la mesa escritorio, sepultando la cabeza entre sus brazos. Llora su soledad. La soledad que espanta. La de un amor muerto al nacer. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Bilbao, 8 Septiembre 19:5.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Perlas de boro.—Parodia, en verso, de la comedia *Trenzas de oro.*

Así es la vida...—Boceto de comedia, en prosa. Un acto.

Amor a voces.—Monólogo en prosa.

La moral triunfante.—Comedia inverosímil, compuesta de tres diálogos en prosa.

Crisis.—Caricatura política, en prosa. Un acto.

La senda.—Comedia dramática en prosa. Tres actos.

Precio: 1,50 pesetas

